
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
HOMBRES
en
MARTE
VAN S. SMITH


VAN S. SMITH
HOMBRES EN MARTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 479. - 1963.
Núm. Registro: 6997. - 62.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

El silencio volvió a imperar en la cámara de derrota después de las últimas y rápidas órdenes de Dennis Jefferson. Sólo se escuchaba el discreto zumbido de los ventiladores y, en un tono más bajo, el de las roncas inhalaciones de oxígeno a través de los tubos de goma.

Los pilotos, reclinados en sus sillones metálicos extensibles, adoptaban una actitud de tranquilo reposo que no era reflejo fiel de la realidad. Dennis, y también Bat Hodel, tenían la vista fija en la pantalla de televisión, que en circuito cerrado les ofrecía las imágenes de lo que estaba ocurriendo afuera.

Suspendida en el espacio sobre un chorro de llamas y de gases, la cosmonave estaba descendiendo verticalmente hacia la superficie de Marte.

En la pantalla de televisión, la superficie del planeta aparecía en forma de una extensa llanura ondulada con irregulares manchas de verdor distribuidas caprichosamente.

En el centro de esta llanura, junto a los restos de la antiquísima ciudad marciana de Tohr, los cosmonautas soviéticos habían trazado con piedras encaladas las siglas de la Unión Soviética, visibles a gran altura a través de la enrarecida atmósfera del planeta.

Hacia el campamento de los cosmonautas rusos descendía en este

momento la nave norteamericana.

Siete meses antes, los rusos se habían apuntado otro de sus resonantes éxitos en la empeñada carrera por la conquista del espacio exterior, al enviar a Marte la primera expedición científica que logró poner pie en este planeta.

Con unos meses de retraso, como de costumbre, los norteamericanos iban también a repetir esta hazaña con su habitual despliegue de medios técnicos.

En el frente de las escafandras de titanio y cristal de los cosmonautas americanos figuraban en blanco las siglas de la National Administration for Aeronautical and Space, «NASA».

La voz de Dennis Jefferson rompió de nuevo el profundo silencio de la cabina:

-¿Altitud?

El comandante Hodel, que desempeñaba junto a Jefferson el importante cometido de copiloto, dio la lectura del altímetro-radar.

-Altitud, ocho mil metros.

El rumbo y la velocidad de caída eran correctos. Por consiguiente, Dennis se limitó a permanecer quieto en su sillón, viendo a través de la pantalla cómo el suelo del planeta se elevaba a su encuentro.

Dennis, «Folding» para los compañeros que habían seguido con él un curso de instrucción astronáutica, debido a su gran estatura y su habilidad para plegarse dentro de la angosta cabina de una cosmonave (como un metro plegadizo), aflojó los músculos ahora, apoyando la parte posterior de su escafandra en el respaldo del asiento.

Le quedaban unos minutos para descansar antes de tener que ocuparse de nuevo de los mandos para conducir la cosmonave hasta el suelo firme del planeta, operación que de antemano consideraba un éxito salvo que se produjese algún fallo en los motores cohete, en los que, sin embargo, confiaba.

En este momento, el «tren» interestelar, desenganchado por Dennis Jefferson, había quedado dando vueltas en una órbita de satélite alrededor de Marte.

Todo lo que Dennis tenía que hacer era conducir su propia nave a Marte. Y luego, utilizando la radio y los mismos mandos de la «Galax», desde esta misma cabina, hacer aterrizar a las tres aeronaves que quedaban arriba «ancladas» en su órbita de satélite.

Cuando esta operación estuviese concluida, Dennis habría logrado un resonante éxito personal, y la historia de la Humanidad habría entrado tal vez en una nueva fase. Si todo resultaba como se esperaba, era posible incluso que éste fuese el último viaje de Dennis pilotando una cosmonave a través del espacio, pues en adelante los viajes interplanetarios se realizarían

por otro sistema más cómodo y menos expuesto... aunque al eliminarse la emoción del riesgo se habría perdido el principal encanto de estos largos y azarosos viajes espaciales.

Resignándose con un suspiro, Dennis Jefferson volvió a ocuparse de su tarea.

La cosmonave, retenida en su caída por el chorro de gases de los motores, descendía verticalmente.

Vista desde el exterior era de proporciones casi se pudieran llamar gigantescas. Sus formas se apartaban del concepto ya anticuado de la aeronave estilizada provista de timones y cola. La cosmonave «Galax» estaba constituida por un sólido armazón de gruesos tubos de acero, los cuales formaban a modo de un poco vistoso andamio para sostener tres grandes esferas metálicas, superpuestas una encima de otra y unidas entre sí por un tubo grueso y corto.

En la esfera superior (la esfera era el cuerpo geométrico mejor adaptado para soportar las máximas presiones) la cámara de derrota ocupaba el piso primero junto con el complejo equipo electrónico para conducir la cosmonave. Una escalerilla conducía desde la cabina al compartimiento superior, con cuatro camarotes y espaciosos armarios para equipo y material auxiliar.

Desde la cámara de derrota, una escotilla abierta en el piso detrás de los pilotos comunicaba por un tubo con la esfera segunda o media. En esta esfera el piso superior correspondía al «living», comedor y cocina, mientras que en la parte inferior quedaba un dormitorio común capaz para seis personas acostadas con los pies hacia el centro de la cabina.

La última esfera, o sea la inferior, era un simple depósito de combustible para alimentar los motores. Éstos eran siete y estaban situados en la parte más baja del gran andamio de tubos de acero, semejando con sus toberas acampanadas los tubos de un órgano.

Todo el conjunto, por último, se apoyaba en cuatro robustas patas provistas de amortiguadores cuando la máquina se encontraba en estado de reposo posada en tierra. Así era la máquina que el teniente coronel Dennis Jefferson había pilotado desde su base de California a una «plataforma satélite» situada a mil kilómetros de altura sobre la Tierra. Y desde la plataforma, remolcando un «tren» de otras tres aeronaves, Dennis había volado hasta Marte, donde en este momento estaban aterrizando.

-¿Altitud?

-Cuatro mil quinientos metros.

Dennis oprimió un botón de la hilera encajada en el brazo izquierdo de su sillón. Automáticamente quedó establecida la comunicación telefónica entre la cabina y los restantes compartimientos de la cosmonave.

-Habla el comandante. Dentro de pocos minutos tocaremos el suelo de

Marte.

-Muy bien, comandante -era la voz del profesor Swanson la que resonaba en los auriculares dentro de la escafandra de Dennis-. Estamos preparados.

En efecto, en este momento los seis tripulantes de la esfera media permanecían echados en sus camas, amarrados a sus colchones de espuma por medio de fuertes cinchas de seguridad.

-¿Señorita Bergdarf? -llamó Dennis.

La voz de Cornish Bergdarf contestó por los auriculares:

-Sí. Estoy preparada.

Miss Bergdarf era la única mujer entre la tripulación y pasajeros de la «Galax». Por tratarse de una mujer se le había asignado uno de los camarotes reservados a la tripulación, sobre el techo de la cámara de derrota en la esfera superior.

La cabina de mando volvió a quedar silenciosa. La cosmonave estaba ya muy cerca del suelo. Era llegado el momento de encender los motores auxiliares de popa para hacer lo más suave posible el choque de la máquina contra la superficie de Marte.

Dennis oprimió simultáneamente tres de los botones incrustados en el brazo derecho de su sillón extensible.

Se sintió a bordo como una vigorosa, aunque blanda sacudida.

Al mismo tiempo empezaba a escucharse procedente de afuera un fiero aullido, el de los motores en marcha arrojando largos penachos de llamas, quemando combustible en enormes cantidades.

A quinientos metros de altura, en mitad de un estruendo infernal que mitigaba en parte el grosor de las paredes de las esferas, la cosmonave quedó casi inmóvil sobre las siete columnas de gases de sus potentes motores. Luego empezó a descender con rapidez, frenó de nuevo a cincuenta metros de altura y desde allí se precipitó al suelo levantando enorme nube de polvo.

El choque fue violento y los amortiguadores gimieron al contraerse y estirarse de nuevo.

El coronel Jefferson pasó sus ágiles dedos sobre la fila de botones. Se hizo súbito silencio.

-¡Aterrizaje perfecto! -exclamó el comandante Bat Hodel con acento de satisfacción. E hizo saltar el pasador de su cinturón de seguridad.

Dennis Jefferson soltó la palanca para devolver al sillón su posición normal. Luego se inclinó y cerró todas las válvulas. Utilizando la línea telefónica interior comunicó al resto de la nave:

-Estamos en Marte. Ya pueden desabrochar sus cinturones.

* * *

-Es extraño -murmuró Hodel después de registrar todo el paraje en torno a través de las cámaras de televisión-. Ahí está el campamento de los rusos, pero no dan señales de vida.

Unas piernas asomaron por la abertura de la escotilla en el techo de la cabina. La señorita Bergdarf descendió por la escalerilla.

Equipada para descender a tierra, Cornish Bergdarf vestía un traje de media presión con escafandra para conectarla a las botellas de oxígeno. Era una chica alta y delgada y a través del cristal de la escafandra se veía un rostro joven, de rojos labios y afilada nariz, con grandes ojos azules, cerca de los cuales caía un mechón de cabello rubio.

-¿Qué tal día tenemos en Marte? -dijo la joven optimistamente, mirando hacia la pantalla de televisión.

-Un hermoso día de otoño -repuso el comandante Hodel-. Un poco frío quizás, aunque tranquilo y lleno de sol.

-¿Es por la mañana, o por la tarde?

-Es por la mañana -contestó Jefferson sin volverse-. Acaba de salir el sol. Eso nos dará tiempo para hacer bajar a nuestras naves antes del anochecer.

-¡Oh, magnífico! ¿Podemos bajar a tierra?

-En cuanto igualemos nuestra presión interior con la presión atmosférica marciana. Por cierto, Bat. No me has dicho cuál es la presión en el exterior.

-La presión exterior es de sesenta y cinco milímetros de mercurio.

-Vaya a reunirse con los demás, señorita Bergdarf. Para cuando hayan terminado sus preparativos, la presión habrá descendido al punto adecuado para permitirles salir -dijo Jefferson. Se volvió de pronto a mirar a la muchacha-. ¿Contenta?

-¡Oh, sí! Creo que debo sentirme orgullosa de ser la primera cosmonauta que ha pisado el suelo de Marte. El primer hombre fue un ruso, pero nadie podrá negar que la primera mujer haya sido una norteamericana.

-Un consuelo un poco socorrido a mi entender... -murmuró Dennis con acento de amargura.

-En cambio, los norteamericanos seremos los primeros en batir el récord de velocidad en el viaje de regreso...

-Sí, eso al menos es lo que esperamos.

La muchacha se despidió con una sonrisa, desapareciendo por la escotilla del piso que el comandante Hodel, galantemente, acababa de abrir.

Después de la salida de la muchacha, Dennis abrió una válvula del cuadro de instrumentos. Muy lentamente, el aire contenido a presión en las esferas de la cosmonave empezó a escapar al espacio, hasta que insensiblemente la presión descendió a 65 milímetros de la columna de mercurio, pasando a ser, por consiguiente, igual a la presión del medio

ambiente exterior.

Unos minutos más tarde, el capitán Landman, de la Marina de los Estados Unidos, entró por la escotilla inferior en la cabina. Landman era un ingeniero especialista en electrónica. Su misión consistía en realizar los cálculos previos para el aterrizaje de las tres cosmonaves que habían quedado «ancladas» en una órbita de satélite alrededor del planeta.

-La visibilidad es buena y, al menos por ahora, no soplan vientos fuertes -dijo Landman después de mirar la pantalla de televisión-. El capitán Hunter es de la opinión que deberíamos hacer aterrizar a las aeronaves hoy mismo, aprovechando las excelentes condiciones meteorológicas.

-¿Dónde está Hunter ahora?

-Saltará a tierra con el grupo del profesor Swanson para comprobar la velocidad y dirección de los vientos -Bill Landman señaló en la pantalla de televisión las ruinas de la ciudad y la bandera soviética que ondeaba en el mástil de la torre metálica-. ¿Cree que habrán muerto los rusos?

-No han contestado a nuestras llamadas por radio -murmuró Dennis pensativamente-. Siete meses es mucho tiempo para que pudieran sobrevivir en un mundo hostil carente de oxígeno. El profesor Swanson se propone ir a comprobar si todavía queda alguien con vida.

-Me gustaría saber que sobrevivieron a todas sus penalidades y todavía podemos hacer algo por ellos. ¿No cree? Nos apuntaríamos un importante triunfo si nosotros, sobre haber llegado más tarde perdiendo la carrera que empeñamos con ellos, pudiéramos echarles una mano y proporcionarles los medios de salvarse cuando ya estaban irremisiblemente perdidos para el mundo.

-Sí, eso sería de mucho efecto a los fines propagandísticos, aunque yo personalmente no haya pensado solamente en la propaganda.

-Bueno, yo también he pensado en ellos como seres humanos -murmuró Landman avergonzado.

Una luz ámbar parpadeó en el tablero de instrumentos de la cabina. Bat Hodel fue a enchufar la clavija de su teléfono en el tablero.

-El profesor Swanson pregunta si pueden salir -dijo Hodel después de escuchar unos segundos.

-Ábreles la escotilla.

-De acuerdo, señor Swanson -dijo Hodel, mientras apretaba un botón del tablero-. Ya pueden salir. No hay peligro ninguno. A partir del momento que desconecten de la línea telefónica pueden comunicar por radio.

Esto, naturalmente, era algo que el profesor Swanson y sus ayudantes sabían de antemano. Cada miembro de la expedición llevaba en la parte de atrás de su escafandra un minúsculo receptor-emisor de radio, mediante el

cual, podían comunicar simultáneamente entre sí y la radio de la cosmonave. Como complemento a este sistema de comunicación, cada hombre llevaba un diminuto amplificador conectado a un altavoz exterior.

En este momento, Dennis estaba hablando con sus compañeros utilizando su micrófono interior y su altavoz exterior.

El capitán Hunter, seguido del profesor Swanson y la señorita Bergdarf, Sunburt y Clinton, abandonaban mientras tanto la cosmonave y descendían por la larga escalerilla metálica hasta tierra. Ninguno iba armado.

Desde la cámara de derrota, Bat Hodel movió los telemandos haciendo que el objetivo televisor apuntara hacia abajo.

De esta forma, pudieron ver a los expedicionarios cuando pisaban por primera vez el suelo de aquel inhóspito planeta. El acto estuvo desprovisto de todo romántico acto ceremonioso. Después de todo, eran los cosmonautas soviéticos quienes siete meses antes habían pisado por primera vez aquel mismo suelo.

El grupo, después de detenerse un minuto hasta que todos estuvieron reunidos, echó a andar en dirección al campamento soviético cuya antena sostenía la roja bandera de la URSS.

-Pueden tardar hasta una hora en volver -observó Hodel-. ¿Por qué no inyectamos oxígeno y nos quitamos estas dichosas escafandras y celebramos el acontecimiento descorchando una botella de champaña?

-Ignoraba que lleváramos también champaña a bordo -gruñó Dennis.

-Pues la llevamos. Gracias al genio previsor de mi menda. Voy por la botella arriba.

-Para el caso servirá lo mismo si nos fumamos un cigarrillo, Bat. No podemos perder tiempo en tonterías. Tenemos otras cosas más importantes que hacer -dijo Dennis con sequedad.

Hodel se volvió a mirarle a través del cristal de su escafandra. La suya fue una mirada de disgusto y censura. Se le oyó suspirar y dijo:

-¿Me permites que sea sincero, Dennis? Me gustabas más cuando éramos simples compañeros de aprendizaje allá en la Tierra. Sí, no eras mal compañero, pero como jefe me repugnas con tu exagerado culto a la disciplina. Me pregunto por qué diablos te elegiría como jefe.

-No fuiste tú quien me eligió, Bat -repuso Dennis secamente.

Tomó de nuevo asiento ante los mandos y abrió una espita debajo del cuadro de instrumentos.

En el tirante silencio que reinó se escuchó el silbido del aire comprimido al penetrar en la cámara. Instantes después la presión interior de la cabina permitía a los cosmonautas despojarse de sus escafandras.

Bat Hodel, molesto y enfurruñado, fue en silencio a dejar su escafandra en un rincón de la cabina. Mientras tanto el capitán Landman extraía de uno de los bolsillos de su traje un paquete de cigarrillos, de los cuales

ofreció a Jefferson.

Dennis Jefferson dio una lenta chupada a su cigarrillo mirando la pantalla de televisión.

El profesor Swanson, la señorita Bergdarf y sus compañeros se encontraban ya a más de doscientos metros de distancia, a mitad camino entre la cosmonave y el silencioso campamento de los cosmonautas soviéticos. Como quiera que la radio de a bordo permanecía muda, Dennis Jefferson pulsó el llamador para atraer la atención del profesor hacia el detalle de que había dejado desconectada su radio.

La voz del profesor Swanson se escuchó abordo casi tan pronto como sonó el zumbador alojado en el interior de su escafandra.

-¿Ocurre algo? ¿Quién llama?

-Soy yo, profesor Swanson. Le llamaba únicamente para comprobar si la radio funcionaba.

-Sí, le escucho perfectamente.

-Eso era todo. ¿Siguen los rusos sin dar señales de vida? -preguntó Dennis.

-No sé por qué se me antoja percibir algo siniestro en todo lo que ocurre aquí -repuso la intranquila voz del profesor Swanson-. ¡Ah, espere...!

Una voz nueva, una voz áspera, impaciente y crispada por el miedo irrumpió de pronto en el circuito de la radio norteamericana. Era una voz extraña, con fuerte acento nasal extranjero.

-¡Alto! ¡Alto, que nadie se mueva!

La distancia era demasiado grande entre la cosmonave y el grupo del profesor Swanson para poder ver a simple vista lo que ocurría. Dennis movió su mano rápidamente hacia el tablero de instrumentos y oprimió un botón.

Un dispositivo telescópico giratorio acoplado a la cámara televisora acercó las imágenes en la pantalla.

El profesor Swanson y su grupo, a unos doscientos cincuenta metros de distancia, se habían detenido. De entre la baja y parda vegetación se pusieron en pie cuatro hombres encañonándoles con sus pistolas ametralladoras. La sorpresa fue completa para el profesor Swanson y sus compañeros, los cuales permanecieron unos instantes quietos, sin atinar a pronunciar palabra.

-¡Los rusos! -exclamó Landman roncamente-. ¡No habían muerto, sino que estaban aquí!

CAPÍTULO II

Recuperándose prontamente de su sorpresa, el profesor Swanson hizo un ademán amistoso y saludó:

-Me llamo Swanson. ¿Cómo están ustedes?

La misma voz ruda, con fuerte pronunciación nasal, dijo ásperamente:

-Sin zalamerías, viejo. Levanta las manos por encima de la cabeza y vuélvete de espaldas.

-¿Qué significa esto?

En este momento, y a través de la pantalla de televisión, Dennis Jefferson pudo ver a Sunburt, uno de los ayudantes del profesor Swanson que, bruscamente, daba media vuelta sobre sus talones y echaba a correr hacia la cosmonave.

Una de las «metralletas» tableteó. Sunburt, detenido en seco por una rociada de balas, levantó los brazos y cayó de bruces al suelo.

Clinton, el segundo ayudante de Swanson, se tiró al suelo mientras que el capitán saltaba hacia la señorita Bergdarf y la asía por un brazo. El profesor Swanson fue el único que no se movió.

-¡Esos tipos se han vuelto locos! -exclamó Bat Hodel pegando un brinco de sorpresa-. ¡Han matado a Sunburt!

-¡Cuidado, Davy, no os mováis! -gritó Dennis viendo a los rusos apuntar amenazadores con sus metralletas.

-No nos movemos, Dennis, no nos movemos, pero estos tipos... -era la voz del capitán Hunter.

La áspera voz del ruso le interrumpió.

-¡Silencio, cállese todo el mundo! Al menos, que yo sepa con quién estoy hablando.

En la cámara de derrota de la cosmonave, Dennis Jefferson echó ligeramente hacia adelante su busto y dijo ante el micrófono del emisor de radio:

-Habla el teniente coronel Jefferson, jefe de la expedición.

-¿Quién de ustedes es el coronel? -preguntó el ruso.

-Ninguno de los hombres que están ante usted, amigo. Le hablo desde la cosmonave. Han cometido ustedes un asesinato y amenazan sin razón alguna a mis hombres. ¿Puedo saber a mi vez con quién hablo y qué es lo que se proponen ustedes?

Hubo un corto silencio. Luego la misma voz empezó a hablar rápidamente en ruso.

Dennis Jefferson no hablaba el ruso. De entre todos los miembros de la expedición norteamericana, solamente la señorita Bergdarf y el capitán Davy Hunter conocían suficientemente este idioma para mantener una conversación.

A través del televisor, Dennis pudo ver cómo los rusos cercaban a los cosmonautas encañonándoles con sus pistolas ametralladoras. El ruso seguía hablando rápidamente. Dennis preguntó:

-¿Qué dice ese hombre? ¿Me escucha usted, señorita Bergdarf?

Fue el profesor Swanson quien contestó por la muchacha:

-La señora Cornish no puede oírle, coronel. Íbamos charlando por medio de nuestros amplificadores y altavoces cuando estos individuos nos sorprendieron. Temo que sería demasiado peligroso para cualquiera de nosotros hacer el más pequeño movimiento que suscitara el recelo de estos hombres. Puedo ver sus rostros a través del cristal de las escafandras. Llevan semanas sin afeitar, están sucios, flacos y parecen como enloquecidos.

-Mucho cuidado, Swanson -recomendó Jefferson excitándose a pesar suyo-. Creo adivinar lo que esos hombres pretenden y temo que serían capaces de asesinarles a poco que les irritaran.

La voz áspera del cosmonauta soviético interrumpió bruscamente la conversación en inglés:

-¡Basta de charla!

Se escuchó un chasquido. Era que el cosmonauta había cerrado la radio del profesor Swanson utilizando el pequeño interruptor que cada miembro de la expedición americana llevaba incrustado en la parte metálica de atrás de su escafandra.

A través de la televisión, Jefferson y sus compañeros pudieron ver a los rusos empujando al profesor Swanson y a los demás con los cañones de sus «metralletas».

-¡Se los llevan! -exclamó Landman roncamente-. ¡Dios, no podemos consentirlo!

Dennis Jefferson abandonó su sillón poniéndose en pie. Era un hombre alto, delgado, de ojos azules y centelleantes, con facciones angulosas y enérgicas que no podría decirse fuesen hermosas y, sin embargo, resultaban atractivas.

-¿Qué vamos a hacer? ¡Maldición, hemos permitido que esos rusos nos trataran como a incautos! -exclamó Hodel.

-Póngase su escafandra, Landman -ordenó Dennis secamente al oficial de la Marina-. Bat, abre el armario y saca un par de «metralletas». Mejor, saca tres. Ford vendrá también con nosotros.

Mientras Hodel se dirigía hacia el armario, Jefferson se inclinaba hacia el aparato de radio y llamaba con energía:

-¡Ford!

La voz del ayudante de Swanson contestó:

-Lo estuve viendo todo por la televisión, coronel. También he escuchado. Les acompañaré con mucho gusto.

En la pantalla de televisión las diminutas figuras del grupo integrado por americanos y rusos se alejaba rápida e incesantemente. Dennis pulsó otro botón, cambiando la lente rotativa del tomavistas por otra de más potencia que acercó de nuevo las imágenes. Por lo que pudo ver, los rusos habían rebasado su propio campamento y seguían marchando con sus prisioneros en dirección a las ruinas de la ciudad.

Dennis Jefferson se apartó del cuadro de instrumentos para adosarse su escafandra. Bill Landman se estaba colocando también la suya. Dennis levantó las dobles botellas de oxígeno del piso y las insertó en los garfios sobre las espaldas del marino. Landman a su vez cogió otras botellas y las sujetó a las espaldas de Jefferson.

Bat Hodel regresó llevando tres pistolas ametralladoras y tres grandes estuches de cuero repletos de munición.

-Permíteme que vaya con vosotros, Dennis -dijo el copiloto.

-No. Alguien debe quedar al cuidado de la cosmonave. Si yo no pudiese regresar, te corresponderá a ti tomar cualquier clase de decisión en adelante.

-Quédate tú a bordo y permíteme que yo vaya en tu lugar.

-No, Bat. En cierto modo me siento responsable de lo ocurrido por mi falta de previsión y exceso de confianza. Estaremos en continuo contacto por radio.

Bat Hodel aceptó la orden con el mismo aire contrito que un reo recibiría su pena de muerte. Entregó las armas a sus compañeros.

Poco después Jefferson y Hodel se reunían con Ford en la sala de estar. Ford, el más joven de los ayudantes especialista del profesor Swanson, tomó su ametralladora y se anunció dispuesto para salir.

Por la escalerilla de hierro bajaron por el grueso tubo a través de una escotilla hasta la esclusa de aire.

Por una escotilla lateral ganaron una pequeña plataforma y desde ésta, por una escalerilla de hierro, empezaron a descender.

El sol calentaba fuertemente las espaldas de Dennis Jefferson a través de la gruesa capa de fibras aislantes de su traje. El clima era muy extremado en Marte, registrándose diferencias de temperatura de hasta cincuenta grados entre el día y la noche.

Los rusos y sus prisioneros habían desaparecido cuando Landman y Ford llegaron al suelo. Conectando sus aparatos de radio, los tres americanos se pusieron en marcha hacia el campamento.

Debido a que el globo de Marte era mucho más pequeño que la Tierra, la fuerza de gravedad era también inferior a la terrestre, calculándose que un hombre que en la Tierra pesaba 70 kilogramos pesaría solamente 26 en Marte. Por esta causa, Jefferson y sus compañeros se sentían ligeros y ágiles, con una agilidad que les convertía en atletas de una fuerza

desconocida allá en la Tierra.

Antes de llegar al campamento ruso alcanzaron el lugar donde el profesor Swanson y sus compañeros habían sido sorprendidos en la emboscada rusa. Dennis se inclinó sobre el cuerpo del infortunado Sunburt, sólo para comprobar que estaba muerto.

-Sigamos -dijo Dennis secamente al incorporarse.

La torre metálica que sostenía la bandera soviética había sido traída desde la Tierra en varias piezas para armarla luego por medio de pernos. No lejos vieron dos grandes cilindros metálicos provistos de sendas puertas de presión, los cuales, al parecer, habían servido de refugio a los cosmonautas rusos. Diverso material científico estaba disperso por los alrededores, entre éste un telescopio, una antena parabólica y una voluminosa batería electroquímica.

Cubos, cajones y bidones estaban desparramados descuidadamente.

Sirviendo de fondo al desierto campamento se levantaban las ruinas de la ciudad.

La ciudad había sido descubierta por el primer cosmonauta norteamericano que realizó un vuelo de circunvalación alrededor de Marte con retorno a la Tierra sin haber aterrizado en aquel planeta.

Los orígenes y demás detalles históricos de la ciudad marciana eran un misterio. Los rusos, que tuvieron oportunidad de hacer investigaciones, guardaban un silencio absoluto.

También era posible, sin embargo, que los científicos rusos que llegaron a Marte hacía siete meses no tuvieran muchas ganas de dedicar su tiempo a investigaciones arqueológicas. En efecto, la desgracia se había cebado en la expedición científica rusa, aunque la forma en que estas desgracias se abatieron sobre ellos no era del todo conocida.

Los soviéticos, naturalmente, no habían dado publicidad al asunto. Sin embargo se suponía que de los dos grandes planeadores que los rusos utilizaron para llegar a la superficie de Marte desde una órbita de satélite alrededor del mismo, uno al menos se había estrellado al aterrizar. Posteriormente, debido a un defecto mecánico, el segundo cohete no pudo despegar de Marte para alcanzar las cosmonaves que habían quedado arriba describiendo círculos en torno al planeta.

A las dos semanas de haber arribado a Marte, las cosmonaves soviéticas emprendieron el regreso a la Tierra, dejando en Marte abandonados a su propia suerte a los infortunados expedicionarios que habían perdido sus medios para regresar con el resto de la expedición.

Desde Marte, los esforzados astronautas soviéticos habían continuado dando noticias en clave hasta que, dos meses más tarde, las señales telegráficas cesaron y el más profundo de los silencios envolvió en el misterio el dramático fin que aquellos hombres debían haber encontrado en

el desierto y moribundo planeta.

Ahora, todos estos detalles pesaban sobre el ánimo del teniente coronel Jefferson cuando con sus compañeros se dirigía en busca de los cosmonautas rusos. Si un pequeño grupo de estos últimos había sobrevivido a todas las calamidades, era muy probable que la desesperación les hubiese conducido a un estado de locura en el cual serían capaces de cometer cualquier atrocidad.

Apenas acababa Dennis Jefferson de pensar esto encontrándose a la altura de la derruida columnata, crepitó una ametralladora y una rociada de balas silbó alrededor de los cosmonautas norteamericanos rebotando en las piedras y levantando el polvo a sus pies.

Jefferson, Landman y Ford corrieron a agazaparse detrás de los grandes sillares de granito.

En los auriculares de Dennis resonó la voz impaciente del comandante Hodel:

-¿Qué ocurre ahora, por el amor de Dios?

-Están tirando contra nosotros.

-Dennis, volved atrás. Espero que no sean tan locos que causen daño a nuestros amigos. Hagamos descender nuestras aeronaves, pongamos a punto la cámara reintegradora y hagamos la prueba. Si todo sale bien, antes de veinticuatro horas tendremos aquí gente suficiente para acorralar a esos locos y obligarles a entregarse.

-Sí, eso es lo que haremos, Bat. No obstante, quisiera asegurarme antes de que su grado de locura no les llevará a cometer cualquier barbaridad ahora mismo.

Una voz, que no era enteramente nueva, se escuchó esta vez en los auriculares de Dennis Jefferson. Era la voz del cosmonauta soviético que hablaba inglés:

-Escuche, coronel Jefferson. Soy Zhakarov. He hecho prisioneros a sus amigos y estoy dispuesto a pegarles un tiro en la nuca a menos que usted acepte mis condiciones.

-Su posición no es de las más ventajosas para imponer condiciones, Zhakarov -repuso Jefferson-. Pero hable de todos modos, le escucho.

-La vida de sus compañeros por la cosmonave.

-¿Qué le ocurre, Zhakarov? ¿Se ha vuelto usted loco? Adivino que se encuentran ustedes en una situación desesperada, pero no es la mejor forma de remediarla apelar al asesinato y el robo para evadirse de este desierto planeta. ¿Me equivoco, o carecen ustedes de medios para regresar a la Tierra?

-Sí, ha acertado usted, coronel. Nuestra situación es desesperada, estamos en el límite de nuestro aguante y nuestra única salida consiste en tomar esa cosmonave que ustedes galantemente han venido a brindarnos.

Se trata de la vida de ustedes o la nuestra, coronel. No le quepa duda que somos capaces de recurrir a cualquier extremo con tal de salir de este maldito planeta.

-¿Y si yo les dijera que hemos venido a salvarlos y ya están previstos los medios para sacarles de aquí?

-Si usted me dijera eso, yo no le creería -contestó rudamente Zhakarov.

-Sean ustedes sensatos, Zhakarov. Ya han matado a uno de nuestros hombres. Si se entregan corriendo con la responsabilidad del crimen que acaban de cometer ante un jurado norteamericano, les prometemos auxilio inmediato y un pronto y feliz regreso a la Tierra.

-¿Por quién nos toma usted? Claro que hemos matado a un norteamericano. Por ese solo delito ustedes nos condenarían a morir en su célebre cámara de gas. No, amigo. Las condiciones son las que yo he impuesto. Ustedes nos ceden su aeronave... o fusilamos a sus compañeros y luego vamos en busca de ustedes. Puede tomarlo o dejarlo, pero piense que ni siquiera es demasiado seguro que usted pueda escapar de este planeta si no acepta ahora mis condiciones.

-No, Zhakarov. Sus condiciones son inaceptables.

-¿Sabe que con esas palabras condena usted a muerte a sus compañeros? -interrogó la voz irritada del cosmonauta soviético.

En vez de contestar, Dennis hizo una imperiosa seña a Landman y Ford para que empezasen a retroceder hacia la aeronave.

-¡Jefferson, respóndame! -gritó Zhakarov.

-Mi respuesta es ésta, señor Zhakarov: Dennos ustedes solamente veinticuatro horas de tiempo y es posible que entonces les cedamos nuestra cosmonave.

-Conozco sus intenciones, coronel. Les he oído mientras hablaban de hacer bajar sus aeronaves desde la órbita de satélite con más gente para acabar con nosotros. Tendrá que decidirse en el plazo de una hora, o de lo contrario empezaremos a enviarle a sus compañeros... uno tras otro... y todos cadáveres, por supuesto.

Dennis miró atrás. Landman y Ford habían empezado a retroceder hacia el campamento de los cosmonautas soviéticos. Zhakarov y sus hombres habían tomado posiciones detrás de un derruido muro de sillares a unos cincuenta metros de distancia.

Dennis Jefferson abandonó su refugio y empezó a moverse con rapidez andando sobre las manos y las rodillas mientras Zhakarov gruñía una orden en ruso.

Unos veinte metros más atrás de las columnas que les habían servido de parapeto, Dennis se reunió con Landman y Ford. Les hizo una seña imperiosa significándoles que echaran a correr.

Ford y Landman así lo hicieron. En este momento una figura apareció

por detrás de las rotas columnas e hizo crepitar su ametralladora.

Aunque la distancia era bastante respetable, la débil fuerza de gravedad y la menor densidad de la atmósfera marciana daban un alcance y una precisión extraordinaria a los disparos efectuados con armas de fuego terrícolas.

Las balas silbaron sobre la cabeza de Dennis, el cual se echó de bruces al suelo mascullando una maldición.

El capitán Landman cayó de bruces en el suelo, alcanzado en un muslo por una de las balas de la ametralladora soviética.

Volviéndose con rapidez y tomando puntería, Dennis oprimió el gatillo de su «metralleta».

Las balas arrancaron nubecillas de polvo de las moles de granito y obligaron al ruso a echarse al suelo tras las piedras.

-¡Ahora! -gritó Jefferson a sus compañeros.

Bill Landman se incorporó sobre una rodilla.

-Estoy herido -dijo moviendo la cabeza.

-Coja usted mi «metralleta», Ford -dijo Dennis. Y arrojó el arma por el aire a Ford, el cual la recogió.

Dennis se inclinó, cogió un brazo de Landman y lo pasó por encima de sus hombros.

Aunque por la diferencia de gravedad marciana el cuerpo de Landman no pesaba demasiado, la torpeza de éste les impedía avanzar todo lo aprisa que Jefferson hubiese deseado.

Mientras tanto, el cosmonauta ruso reapareció por detrás de los bloques cilíndricos de las derruidas columnas y abrió fuego con su maldita ametralladora.

Las balas silbaron alrededor de Jefferson y Landman. De pronto, el cuerpo de Landman se puso rígido, el cosmonauta se detuvo y Jefferson tuvo que echarle un brazo alrededor de la cintura para impedir que se viniese al suelo. Ford plantó cara al ruso volviéndose para disparar una prolongada ráfaga desde la altura de la cadera.

Las balas rebotaron en las vetustas piedras, arrancando de ellas nubecillas de polvo. El cosmonauta soviético se escondió.

Jefferson cargó con el exánime cuerpo del capitán Landman, alcanzando de una carrera el campamento soviético. Al depositar a Landman en el suelo, Jefferson descubrió que sus propios guantes estaban manchados de sangre.

Lleno de inquietud y ansiedad se arrodilló junto al oficial.

-¡Landman!

Ford llegó y quedó de pie guardando silencio. Dennis levantó la cabeza, le miró y dijo sorprendido:

-Está muerto.

CAPÍTULO III

Una racha de viento pasó aullando sobre el campamento y envolvió en una crujiente nube de polvo a los dos cosmonautas norteamericanos.

-Volvamos a la cosmonave -dijo Dennis poniéndose en pie.

-¿Dejamos aquí a Landman? -preguntó Ford.

-Le enterraremos más tarde. No creo que a él le importe.

Mientras se alejaban rápidamente del campamento ruso vino otra ráfaga de viento y les dio en la cara con incontenible fuerza que les obligó a detenerse.

Al cesar el viento con la misma brusquedad que había comenzado, Dennis Jefferson tendió la vista hacia el horizonte y vio una gigantesca nube de polvo rojizo que avanzaba rápidamente hacia ellos interponiendo un telón oscuro ante la luz del sol.

-Démonos prisa. El viento nos alcanzará antes que lleguemos a la aeronave -dijo Dennis.

Efectivamente, en los cuatrocientos metros que distaba la aeronave, nuevas rachas de viento se sucedieron por tiempos progresivamente cortos, prolongando por otro lado su duración.

El día se hizo oscuro, ensordecedores silbidos les envolvieron por todas partes y en medio de aquel caos se vieron prácticamente imposibilitados de avanzar. La fuerza del viento era tal que les obligó a inclinarse primero y, finalmente, a avanzar a cuatro manos pegados al terreno para no ser arrastrados como hojas secas.

Varias veces, en la larga hora que invirtieron para llegar al pie de la cosmonave, el intranquilo Bat Hodel les llamó por radio preguntando dónde se encontraban. Dennis, que apenas podía ver a Ford a menos de un metro de distancia, llegó a preocuparse seriamente ante la posibilidad de que pasasen junto a la cosmonave sin haberla visto, extraviándose y alejándose más de lo debido.

Esto pudo haber ocurrido perfectamente si en medio de aquel torbellino de polvo Dennis no hubiese perdido nada de su bien adiestrado instinto de orientación. Repentinamente se vieron ante una de las patas de la gigantesca máquina, en un momento en que el viento arreciaba su fuerza obligándoles a asirse a este providencial apoyo. La cosmonave, que gracias a su peso había hundido profundamente sus soportes en el suelo arenoso, se estremecía a cada golpe de viento haciendo temer a los cosmonautas que acabase por ser derribada por la fuerza del huracán. Pero las tres esferas y el armazón de tubo de acero ofrecían en realidad muy poca resistencia al viento, lo cual hizo que la máquina resistiese los más violentos embates sin ser tumbada y destrozada como Dennis Jefferson temía.

Por espacio de dos horas permanecieron Jefferson y Ford tumbados en

el suelo y asidos a la pata de la cosmonave, hasta que finalmente Dennis se decidió a trepar hasta la cabina, pues la provisión de oxígeno de sus botellas sólo tenía una duración de tres horas e iba tocando a su fin.

Trepar por la escalerilla de acero hasta la escotilla situada a la altura de una casa de cuatro pisos, expuestos a ser arrancados por una ráfaga de viento y estrellados contra el suelo, constituía un serio peligro. Sin embargo, Dennis y Ford tuvieron que arrostrarlo, ya que tan malo como esto era morir por asfixia sin haberse movido del suelo.

Fue toda una odisea alcanzar la escalera y trepar luego por ella hasta la escotilla donde el impaciente Hodel les estaba esperando.

Apenas se hubo cerrado la escotilla detrás de los dos excursionistas, Bat Hodel abrió la espita del oxígeno para elevar la presión en la cabina. Dennis se arrancó la escafandra exhalando un suspiro de satisfacción.

-¡Uf! Ya empezaba a temer que no llegaríamos nunca arriba.

-¿Has pensado que también las botellas de oxígeno de Swanson y los demás amigos deben estar agotándose en este momento? -preguntó Hodel gravemente-. Si el oxígeno de nuestras botellas se termina, las botellas del profesor y del resto de los compañeros deben estar agotándose también. Sin embargo confío en que los rusos no les permitan morir de asfixia si es eso lo que tú temes.

-Sí, eso es lo que yo temo. De una forma o de otra habremos de tomar una decisión respecto a lo que haya de hacerse.

-Nada podemos hacer por el momento, Bat. ¿O quieres que les entreguemos la cosmonave y pasemos a reemplazarles en su difícil papel de robinsones para esperar a que una expedición norteamericana llegue en nuestro auxilio dentro de seis u ocho meses?

-Pues yo digo que algo tendremos que hacer. Algo, cualquier cosa... lo que sea menos consentir que esos locos asesinen también a Swanson, a la señorita Bergdarf, a Hunter y a Clinton.

-Yo creo que nos preocupamos excesivamente, Bat. Toda la fuerza que los rusos poseen para obligamos a aceptar sus condiciones, son los prisioneros que retienen como rehenes. Ellos saben perfectamente que si matan a nuestros amigos jamás conseguirán de nosotros ni un metro cúbico de oxígeno, ni una lata de conservas, ni mucho menos una cosmonave para escapar a la Tierra y salvarse.

-Pues a pesar de todo, Dennis, yo creo que nuestros amigos corren en este momento un riesgo más grave que todos los que corrimos juntos al hacer este viaje. El hecho de que los rusos hayan matado a Sunburt y a Landman hace más difícil su situación. Por muchas promesas que les hagamos, el temor de verse engañados y castigados por su delito les obligará a recurrir a extremos de violencia para apoderarse de nuestra cosmonave. No es a los Estados Unidos donde ellos quieren llegar, sino a

su país. Como además saben que esperamos traer pronto refuerzos, no esperarán siquiera veinticuatro horas a poner toda la carne en el asador y asesinar a nuestros amigos si no escuchamos sus exigencias.

-En veinticuatro horas tendremos mucho tiempo para meditar una respuesta. Primeramente hemos de hacer aterrizar a nuestras aeronaves, sin lo cual, y sin experimentar el invento del profesor Swanson, no podemos hablar siquiera de negociar con los rusos sobre la base de darles la «Galax» como rescate.

-Con este maldito viento no podemos pensar siquiera en hacer aterrizar a nuestros aparatos -gruñó Hodel.

-Esperaremos a que cese el viento.

-Estos huracanes duran en Marte días y hasta semanas enteras. ¿Crees que los rusos tendrán tanta paciencia?

-Tendrán que esperar, Bat. Es lo único que pueden hacer.

Llevando su escafandra, Dennis Jefferson trepó por la escalerilla a través de la esfera media hasta la cabina superior. Ford y Hodel le siguieron hasta allí. Dennis, después de despojarse de sus botellas de oxígeno empezó a quitarse también su traje de cosmonauta.

-Ford, usted permanecerá al cuidado de la radio mientras el comandante Hodel y yo dormimos unas horas.

Hodel protestó:

-¿Qué clase de hombre te figuras que soy? ¡No podría pegar un ojo sabiendo que cerca de aquí cuatro de nuestros amigos pueden ser asesinados de un momento a otro!

-Pues deberías dormir, Bat. Estás demasiado cansado y los dos tendremos que estar muy despiertos cuando dentro de unas horas deje de soplar el viento y hagamos aterrizar nuestras aeronaves.

-Vete tú a dormir, si es que eres capaz de hacerlo. Yo permaneceré a la escucha de la radio.

-Vete a dormir, Bat. Es una orden -dijo Jefferson con severidad.

-No intentes darme órdenes de esa clase en estas circunstancias, Dennis -farfulló Hodel arrugando el ceño-. No te obedeceré.

-En ese caso, Ford servirá de testigo de que te negaste a cumplir mis órdenes, cuando a mi juicio necesitabas descansar como garantía para el éxito de la operación que todavía nos falta realizar.

-¡Vete al diablo! -gruñó Hodel. Y volviéndole la espalda fue a ocupar uno de los sillones ante el intrincado cuadro de instrumentos de la cabina.

Dennis Jefferson trepó por la escalerilla hasta la cámara superior, empujó la puerta de aluminio de su pequeño camarote y se dejó caer en la cama.

El viento seguía soplando afuera arrastrando toneladas de polvo entre aullantes torbellinos. A cada nueva embestida del huracán, la cosmonave se

estremecía y retemblaba mientras que el viento silbaba al pasar entre los tubos de acero de su sólido armazón.

Hombre de nervios templados, Dennis Jefferson corrió una cortina imaginaria aislándose de las múltiples cosas que le preocupaban para entregarse a largo y reparador sueño. El viento siguió azotando a la cosmonave terrestre durante horas y horas, sin menguar un solo minuto en su ciega fuerza.

Bat Hodel fue a despertar a Jefferson sacudiéndole con rudeza por un hombro.

Jefferson abrió los ojos y se incorporó sobresaltado, quedando sentado en el lecho bajo la resplandeciente luz eléctrica que Hodel había encendido al entrar.

-¿Qué ocurre?

-Nuestro amigo Zhakarov ha vuelto a llamar por radio.

-¿Qué quiere?

-Dice que nos queda de tiempo hasta la puesta del sol para tomar una decisión u otra. De lo contrario, nos remitirá al primero de los cadáveres de nuestros amigos.

Dennis Jefferson apretó con fuerza los dientes.

-¡Si se atreve a tocar un solo cabello a nuestros hombres...!

-Tú sabes que lo hará, Dennis. Sitúate en lugar de ellos y comprenderás su estado de ánimo.

-Sé cuál es su estado de ánimo como sé que no puedo ceder a esa absurda pretensión de entregarles nuestra cosmonave. Esperaremos hasta la puesta del sol y luego daremos una batida nocturna para tratar de localizarles y libertar a nuestros amigos.

-¿Qué respuesta debo darle a Zhakarov?

-Ninguna. Si le dijéramos que no, podría en su exasperación asesinar ahora mismo a cualquiera de nuestros amigos. Mientras demos la callada por respuesta siempre le quedará a Zhakarov una esperanza de convencernos en cualquier instante.

Aunque por la expresión de su rostro no parecía demasiado convencido, Bat Hodel asintió con leve movimiento de cabeza. Bajaron juntos por la escotilla a través de la cámara de derrota hasta el comedor.

Mientras comían iba disminuyendo la intensidad del viento. Los crepúsculos eran muy breves en Marte, debido tanto a la pronunciada curvatura del horizonte como al delgado espesor de una capa atmosférica más ligera que la terrestre.

Después de ponerse el sol el espacio apareció por unos minutos inflamado de una luz rojiza que se iba atenuando rápidamente. Poco después la noche caía sobre aquel hemisferio del planeta sobreviniendo profunda oscuridad.

-Aprovechemos ahora para salir -dijo Dennis-. No conviene que Zhakarov sepa que ha quedado un solo hombre al cuidado de la cosmonave. Enciérrese por dentro y no abra a nadie si no soy yo o el comandante Hodel quien se lo ordena.

-Bien, señor.

Sabiendo que la luna más próxima a Marte no tardaría en aparecer por el horizonte, Dennis Jefferson y el comandante Hodel apresuraron sus preparativos. Después de equiparse con sus trajes de presión parcial y ajustarse las escafandras, cargaron sobre sus espaldas los depósitos de oxígeno. Cada uno tomó además de su «metralleta» un revólver y media docena de granadas de mano que colgaron de su cinturón junto a la potente linterna eléctrica.

Armados y pertrechados se deslizaron por la angosta escotilla y descendieron por la escalerilla en la oscuridad bajo los golpes del viento que todavía soplaba a intermitentes ráfagas huracanadas.

Alejándose de la cosmonave avanzaron con rapidez a favor del viento en dirección al campamento de los rusos. No vieron ninguna luz ni escucharon ningún ruido al llegar junto a la torre metálica donde aquella mañana ondeaba la bandera soviética. Phobos, la pequeña luna de Marte, irrumpió de pronto en el horizonte con tanta rapidez que les pilló desprevenidos.

La luz reflejada por Phobos les bañó tan completa y bruscamente como si de repente se hubiese encendido un potente reflector. Los dos cosmonautas se echaron de bruces en el suelo arrastrándose hasta los matorrales, aquellos arbustos leñosos de hojas duras y afiladas como cuchillas de afeitar.

Utilizando su micrófono interior y altavoz exterior. Dennis susurró cuan bajo pudo:

-Me parece que los rusos no se encuentran en su campamento.

-¿Dónde pueden estar entonces?

-En la ciudad tal vez. Seguramente encontraron entre las ruinas un refugio más ancho y más cómodo donde llevaron sus provisiones de oxígeno y el resto del equipo que falta de aquí.

-Yo de todas formas me acercaría antes a su refugio de aluminio para comprobar si realmente faltan de allí -murmuró Hodel.

-Está bien, vamos.

Arrastrándose como reptiles por entre los matorrales avanzaron palmo a palmo rodeando por detrás los dos cilindros metálicos que originariamente sirvieron de refugio a la expedición soviética.

Extremando sus precauciones, Dennis llegó tan cerca de los cilindros de aluminio que podía tocarlos con la mano. Pero por más que acercó su micrófono exterior al metal no pudo recoger el menor ruido.

-No están aquí. Tendremos que buscarlos en la ciudad.

Puesto que al parecer había desaparecido el riesgo inmediato de ser descubiertos, se pusieron en pie y echaron a andar rápidamente hacia las ruinas de Tohr.

En los breves minutos que invirtieron en alcanzar las columnas donde aquella mañana se habían tiroteado con los cosmonautas rusos, Phobos ascendió rápidamente hacia el cenit para iluminar de lleno el paraje.

Las ruinas, bajo la espectral luz del satélite, ofrecían un aspecto fantástico. Aquí y allá se levantaban como un bosque los restos de las columnas que en otros tiempos, hacía quizás miles de años, habían soportado la techumbre de majestuosos edificios. La débil fuerza de gravedad en Marte había permitido a sus desaparecidos moradores manejar moles pétreas que en la Tierra alcanzarían a pesar varias toneladas. Los sillares de granito que entraban en la construcción de los muros no eran en ningún caso de un metro cúbico por lo menos. Para erigir aquellos muros y levantar aquellas columnas, se habrían necesitado en la Tierra la fuerza de un ejército de cíclopes.

Si la estatura de los marcianos correspondía a las dimensiones de sus monumentos, los terrestres deberían ser unos pigmeos al lado de ellos.

Dennis comprendió ahora que tratar de encontrar a los cosmonautas rusos en aquel laberinto de ruinas era tanto como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Dennis iba rumiando esta idea pesimista cuando repentinamente surgió de entre las piedras, y a menos de veinte pasos de distancia, una figura fantasmagórica, provista de traje de presión y escafandra que les encañonaba con una ametralladora.

-¡Alto!

-¡Al suelo! -gritó Dennis.

Bat Hodel dio un brinco a la derecha en tanto que Dennis saltaba a la izquierda y se tiraba de bruces al suelo detrás de un sillar.

Tableteó la ametralladora, barriendo con un haz de balas trazadoras el espacio entre Bat y Dennis. Las balas rebotaron aullando en la roca tras la que se escondía Dennis.

Asomando el cañón de su «metralleta» por detrás de la roca, Dennis apuntó rápidamente y apretó el gatillo.

El cosmonauta soviético retrocedió dando un traspié, disparando su ametralladora contra el suelo hasta que tropezó y cayó de espaldas soltando el arma.

Siguió al trepidar de las armas de fuego un silencio dramático. El viento silbaba quejosamente entre las grandes piedras de las ruinas. El rápido movimiento de Phobos en el firmamento hacía desplazarse lentamente las sombras de las columnas y los derruidos muros.

Bat Hodel vino arrastrándose por el suelo hasta Jefferson.

-¿Crees que era un centinela apostado allí para dar la voz de alarma? -preguntó.

-Estoy seguro de que Zhakarov y sus amigos no andan demasiado lejos. Esperaremos un poco.

La espera se prolongó cinco interminables minutos. Excepto el cavernoso murmurar del viento no se escuchaba ningún otro ruido humano.

-Vamos a adelantarnos con cuidado -susurró Dennis.

Dando vuelta al sillar se arrastraron pegados al suelo por entre las grandes piedras hasta donde el cosmonauta soviético había caído.

El hombre estaba muerto sin ningún género de dudas. Dennis le quitó uno de los guantes y comprobó la ausencia total de pulso. Pero para hacerlo, Dennis tuvo que quitarse también su guante, con lo cual estuvo cerca de que se le quedara completamente helada la mano.

Poniéndose apresuradamente su guante, Dennis indicó con una seña a Hodel que le siguiera. Sobre la arena amontonada por el huracán entre los grandes bloques de granito, Dennis encontró las huellas de los pasos del cosmonauta ruso. La señaló a Hodel con la mano y siguió arrastrándose sobre el vientre, borrando con su propio cuerpo las huellas que seguía.

Unos metros más adelante, Dennis se detuvo de pronto ante algo que no esperaba encontrar. Esto era un gran hueco en el suelo. Un hueco de forma rectangular con un brocal de sillería y una escalera que se hundía en el suelo.

Hodel llegó arrastrándose junto a Jefferson y exclamó:

-¡Un subterráneo!

-Ellos pueden estar esperándonos abajo -susurró Jefferson sin decidirse. Finalmente, después de una corta espera, hizo un imperioso ademán-: ¡Qué diablos, vamos abajo!

El resplandor de Phobos sólo alcanzaba a iluminar media docena de escalones. Estos escalones eran de piedra y tenía cada uno medio metro de altura. Muchos pies, en el curso de largos siglos de constante subir y bajar, habían desgastado la piedra por el centro de los escalones. Aunque representaba un peligro no pequeño, Dennis Jefferson se decidió a utilizar la potente linterna eléctrica que colgaba de su cinturón. El haz de la linterna mostró a los terrícolas un largo tramo de escalones sobre los cuales se había depositado gran cantidad de polvo y cascotes. Alguien en fechas recientes había apartado la tierra y los pedruscos, dejando expedito a modo de una senda angosta por el centro de la escalera. Sin mucha imaginación podía adivinarse que los cosmonautas rusos habían estado utilizando aquel refugio tal vez desde el primer día que aterrizaron en Marte.

La escalera era tan profunda que el potente haz de la linterna no alcanzaba a iluminar su final. Un largo descenso llevó a los norteamericanos a gran profundidad bajo tierra a través de un pasadizo

excavado en la peña. Levantando su linterna e iluminando el techo, Dennis vio un par de veces un aro de metal que debía haber servido perfectamente para encajar un globo de cristal y una bombilla eléctrica en tiempos muy remotos.

La luz de la linterna, apuntando de nuevo hacia abajo, alumbró un muro de piedra en el cual parecía concluir la escalera. Al llegar abajo descubrieron un pasadizo lateral a derecha e izquierda.

Sólo el de la derecha había sido despejado de tierra y cascotes.

-Por aquí.

Cien metros de pasadizo les llevaron ante el arranque de una segunda escalera.

-¿Contaste los escalones, Bat?

-Sí. Trescientos justos desde arriba hasta el nivel de este túnel.

-Suponiendo que cada escalón tenga medio metro de altura, hemos descendido ciento cincuenta metros bajo tierra. La escalera sigue. Me pregunto dónde diablos puede conducir.

-Temo que eso sea algo que sólo podremos saber si llegamos al final -repuso Hodel con un gruñido.

-Está bien, sigamos.

Continuando su descenso por la escalera, Dennis no tardó en observar ciertos cambios en la naturaleza del túnel que recorrían. En efecto, a medida que descendían iban encontrando señales de humedad tanto en el techo como en las paredes y los propios escalones de granito. Más adelante comenzaron a ver colgantes estalactitas desde la bóveda del techo, estalactitas que fueron haciéndose mayores, más largas y gruesas a medida que penetraban más profundamente en el subsuelo de la ciudad.

Puesto que la escalera había sido horadada en la peña por la mano del hombre, la formación de aquellas estalactitas daba para el túnel una edad de varios siglos, o acaso de millares de años. Un centenar de metros más abajo el agua que rezumaba de las paredes de la excavación formaba regueros y se reunía en varios arroyuelos que iban saltando de escalón en escalón, formando pequeñas y rumorosas cataratas.

La escalera ya no era completamente recta como el tramo anterior, sino que describía pequeños recodos a derecha e izquierda. El agua infiltrada desde la bóveda y las paredes del túnel iba engrosando el caudal de aquel riachuelo descendente, a tal punto que el llegar al final de la escalera formaba un tumultuoso arroyo cuyo ruido resonaba en sonoros y profundos ecos. La escalera llevó a los dos cosmonautas hasta un túnel cuyo piso estaba completamente anegado. Por éste a una espaciosa gruta de colgantes estalactitas con la boca de varios túneles. Sólo por uno de ellos corría el agua recogida en la escalera. Del resto de las excavaciones seguían otros arroyuelos que se reunían en la gruta formando una especie de fantástico

estanque.

-Creo que después de todo no va a ser tan sencillo dar con ese granuja de Zhakarov -murmuró Hodel.

-Todo esto es muy curioso. Creíamos que Marte era un mundo sin agua. Si los rusos hubiesen traído consigo un aparato para sacar oxígeno del agua del tipo que lo llevan nuestros submarinos atómicos, la falta de oxígeno en la atmósfera no sería un obstáculo para que pudiesen sobrevivir aquí por largo tiempo.

-Apuesto a que tienen ese aparato. Muy bien. Y ahora, ¿hacia dónde vamos?

-Siento curiosidad por saber dónde va a parar toda esta agua -dijo Dennis-. Vamos a seguir el riachuelo mientras podamos.

Hodel no tuvo nada que objetar y siguió a Jefferson por el túnel en el cual entraba el torrente.

CAPÍTULO IV

Apenas penetraron en el túnel, Dennis advirtió que el piso de éste formaba una suave pendiente, lo cual se adivinaba por la rapidez de la corriente que allí les llegaba hasta los tobillos.

El continuo discurrir del agua durante siglos y tal vez milenios, había pulido el suelo de roca del pasadizo haciéndolo muy resbaladizo.

Como también allí colgaban estalactitas, algunas de ellas hasta muy baja altura, Dennis se dirigió al muro de la derecha para buscar apoyo. Hodel hizo lo mismo apartándose hacia la izquierda, resbalando varias veces y estando otras tantas a punto de caer hasta que consiguió recobrar el equilibrio.

Moviendo los pies con sumo cuidado, Dennis fue avanzando con lentitud a lo largo de la pared. Ya había adelantado unos 50 metros por el túnel cuando de pronto escuchó un ruido como de piedras cayendo al agua. Simultáneamente, Bat Hodel dejó escapar una ronca exclamación. Dennis volvió la cabeza y vio a Bat que pasaba por su lado, sentado y deslizándose como por un tobogán, arrastrado por la fuerza del agua.

-¡Dennis, échame una mano!

Pero Hodel ya estaba a dos metros de distancia cuando Dennis reaccionó, y no pudo alcanzarle. Hodel desapareció de la vista de su compañero, arrastrado cada vez a mayor velocidad. Se escuchó un chapoteo. Hodel tuvo la suficiente presencia de ánimo para conectar su aparato de radio medio minuto después y su voz volvió a sonar en los auriculares de Dennis.

-¡Dennis, date prisa! ¡He caído en un estanque y he perdido la linterna...!

-¡Espera, Bat, no pierdas la serenidad! -gritó Jefferson después de conectar a su vez la radio.

-¿Quién demonios pierde la serenidad? Lo que pasa es... -la voz de Hodel se interrumpió de pronto. Habló de nuevo en tono bajo y asustado-: ¡Dennis, algo se mueve cerca de mí! ¡Me ha tocado!

Dennis marchaba ya, cuan aprisa podía valiéndose del expeditivo sistema de dejarse resbalar de pies por el pulido piso del túnel. Seguramente porque había practicado con asiduidad el patinaje sobre hielo, consiguió mantener el equilibrio y recorrer rápidamente el túnel hasta su final.

El túnel desembocó bruscamente en una gruta de grandes dimensiones. La luz de la linterna se reflejó en el agua de un estanque en el cual el arroyo subterráneo se vertía formando una cascada de poca altura.

La voz angustiada de Hodel llegó de nuevo a los oídos de Dennis.

-¡Me están atacando, Dennis!

-¿Quién te ataca?

-¡No lo sé! ¡Dennis, ayúdame!

Dennis acababa de detenerse en las peñas que a flor de agua surgían en el borde de la catarata. Muy cerca vio una luz bajo el agua. Pensó que sería la linterna de Hodel, mas pronto advirtió que la luz era azulada, más bien fosforescente, y se estaba moviendo a gran velocidad.

Levantó la vista. Otras luces se deslizaban también bajo el agua convergiendo hacia un mismo punto, a veinte metros de donde se encontraba Jefferson.

-¡Dennis... Dennis, échame una mano! ¿Qué haces, maldición?

-¡Espera, Bat... trato de encontrarte!

Frenéticamente registró Dennis la superficie del lago con la linterna.

Entonces vio a Hodel. El traje impermeable y la escafandra le sostenían a flote. Con las manos azotaba desesperadamente el agua, tratando de ahuyentar a las oscuras sombras que se movían a su alrededor, cada una llevando una luz.

-¡Dennis, ayúdame! -casi sollozó el angustiado Hodel.

Jefferson pensó inmediatamente en los tiburones. Alguna clase de peces voraces estaba atacando a Hodel. Sosteniendo en una mano la linterna empuñó con la otra su «metralleta».

Pero no podía tirar contra los monstruos sin riesgo de herir a Hodel, sobre todo si tenía que manejar la ametralladora con una sola mano.

Un súbito sudor frío bañó a Jefferson de pies a cabeza. Hodel se había puesto a chillar moviendo frenéticamente pies y manos.

-¡Dios mío, Bat, no me atrevo a tirar!

De pronto se le ocurrió una idea, inspirada en el recuerdo de ciertas prácticas censuradas por las leyes de caza y pesca. De muchacho, Dennis había ido a pescar a veces con su pandilla al río, empleando cartuchos de dinamita. No tenía dinamita. ¡Pero de su cinturón colgaban las granadas de mano!

-¡Resiste un poco más, Bat... no permitas que se acerquen demasiado! -gritó excitado.

Colgando la «metralleta» del hombro arrancó una granada de su cinturón. Le quitó la anilla del seguro. La bomba empezó a humear en la mano de Jefferson mientras éste luchaba todavía en su indecisión. La metralla, aunque sería retenida por el agua, podía también alcanzar y herir a Bat.

Jefferson arrojó la bomba al agua a una distancia de 12 ó 15 metros de Hodel. La explosión levantó un alto surtidor de agua hacia el techo de la gruta y su ruido resonó con atronadores ecos por todos los túneles inmediatos.

Los monstruos se alejaron nadando con rapidez entre dos aguas, aunque

no todos. Un par de aquellas luces azulonas quedaron quietas y luego empezaron a subir lentamente hacia la superficie.

-Bat, ¿te encuentras bien?

-Sí.

-Ven nadando hacia la orilla, aquí, junto a la cascada.

Bat Hodel empezó a dar brazadas en dirección a la orilla del estanque. Jefferson registró con la linterna.

Dos formas oscuras flotaban a flor de agua. Las enfocó con la linterna. No eran peces, sino otra forma distinta de animales. Eran sapos. Enormes, hinchados y repulsivos sapos, cada uno del tamaño de un hipopótamo. Tenían el vientre blanco y el lomo pardo con manchas oscuras.

Entre los ojos, grandes y saltones, sobresalía a modo de un cuerno, del cual colgaba, como una lamparilla, un órgano que era el que emanaba aquella fantástica luz azul.

Hodel llegó nadando hasta la orilla. Dennis se apartó del riachuelo y fue a ayudarle tendiéndole una mano.

-Gracias, Dennis. Fue una gran idea arrojar esa bomba. ¿Cómo se te ocurrió?

De algún punto del fondo de la gruta llegó un bajo y siniestro «¡guah!». No era un ladrido, ni llegaba a ser el conocido croar de las ranas, sino algo distinto, enteramente nuevo para los oídos terrícolas que lo escuchaban por primera vez.

-¿Cómo eran? ¿Los viste? -preguntó Hodel estremeciéndose.

-Son sapos, Bat. Tan grandes como hipopótamos y seguramente más peligrosos. Vamos, tenemos que salir de aquí.

-¿Por el mismo túnel por donde llegamos? Aquello es muy resbaladizo. No me gustaría volver a caer en ese estanque.

-Debe haber más pasadizos convergiendo en esta gruta, pero si no encontramos salida volveremos al túnel por donde llegamos. No sería nada agradable perdemos en un laberinto de pasadizos mientras se iba agotando el oxígeno de nuestras botellas.

Jefferson alumbró con la linterna. Hacia adelante, el foco de luz llegaba muy profundamente antes de encontrar la pared de roca que se encontraba al otro lado del lago subterráneo, a más de cien metros de distancia. En el muro de la izquierda, cerca de donde se encontraban, la linterna mostró la boca de un túnel.

-Vamos por aquí -dijo Dennis señalándolo.

De nuevo escucharon el siniestro «¡guah!», más cercano esta vez.

-Espera -dijo Jefferson. Y apagó la linterna. Al ser apagada la linterna se vieron brillando en la oscuridad varias luces azulonas. Algunas de ellas se movieron acercándose a los cosmonautas.

Un «¡guah!» bajo y ronco sonó a espaldas de los americanos. Jefferson

se volvió empuñando la linterna. El cono de luz amarilla cayó sobre un ser monstruoso que se había sentado sobre sus cuartos traseros y les contemplaba con sus grandes y saltones ojos. Era un sapo.

Por detrás del primer sapo, otros avanzaron saltando con prodigiosa agilidad, se detuvieron tendiéndose sobre sus blancos vientres y quedaron contemplando fijamente la luz que les hería en los ojos.

Dennis tendió la linterna a Hodel.

-Toma la linterna y ocúpate de alumbrar el camino. Si nos atacan, yo les haré frente. ¿Perdiste tu metralleta?

-Sí.

De pronto, uno de los sapos más audaces brincó en el aire hacia los cosmonautas.

Dennis tiró del gatillo de su subametralladora. La rociada de balas alcanzó al repulsivo animal cuando estaba en el aire. Al caer al suelo se retorció estirando sus palmeadas piernas y abrió sus fauces mostrando una hilera de afilados dientes de tiburón.

Fue un horrible espectáculo ver a aquel ser estremeciéndose en las convulsiones de la agonía. Dennis esperaba que los sapos huirían asustados del estruendo de los disparos, pero no fue así. Lo único que al parecer les mantenía quietos era la potente luz de la linterna que les cegaba y encandilaba. Sin embargo, como sólo disponían de una linterna, los cosmonautas no podían enfocar a la vez a los sapos que les perseguían y a los que por delante iban a cortarles el paso.

Dennis volvió a disparar con su «metralleta», barriendo de derecha a izquierda la primera fila de sapos encandilados por la linterna que empuñaba Hodel.

Los animales brincaron a prodigiosa altura. Dos de ellos se zambulleron en el estanque y otros tres empezaron a retroceder alcanzados por los disparos.

-Sigamos adelante, Bat. Tenemos que llegar a ese túnel antes que nos corten el paso -dijo Dennis sintiéndose estremecido de frío.

-Pero es que luego no podremos volver atrás hacia el túnel por donde entramos, Dennis.

-Luego ya veremos.

Volviendo la espalda a los sapos echaron a andar apresuradamente hacia el túnel. Ahora, las tinieblas que envolvían la gruta parecían estar llenas de luces azuladas que brotaban de todas partes. Estas luces avanzaban varios metros de un solo salto, y toda la gruta resonaba con el golpe blando de las patas y los vientres de los sapos al caer sobre la roca.

El piso de roca de la gruta estaba mojado y resbaladizo. Dennis cayó una vez, se levantó y miró alarmado hacia atrás.

Los sapos que les perseguían estaban demasiado cerca. Les alcanzarían

antes de llegar a la entrada del túnel.

Dennis disparó contra las movibles luces. Se agotó el cargador de su ametralladora. Mientras seguía a Hodel desabrochó la tapa de su caja de cuero y sacó un nuevo cargador.

Fue en este momento cuando uno de los sapos brincó en el aire y cayó sobre sus espaldas derribándole de bruces contra el suelo.

-¡Bat, a mí!

El copiloto se volvió enfocando con su linterna a Dennis y al repugnante animal que éste tenía sobre sí. El sapo, que oprimía a Jefferson con sus buenos cien kilos de peso, quedó encandilado ante la potente luz con sus abiertas fauces. Dennis apenas podía moverse.

Había perdido la «metralleta» al caer y en la mano conservaba todavía el cargador. Pero éste era inútil para defenderse del horrible animal. Mientras tanto, el resto de los sapos seguía avanzando a espaldas de Hodel...

-¡Con la pistola, Bat! -gritó Dennis, mientras él mismo trataba de alcanzar la suya.

Muy nervioso, Bat desenfundó su revólver y apuntó a la cabeza del monstruo.

Dennis vio las fosforescentes luces que saltaban por detrás de su amigo.

-¡Cuidado, Bat, te atacan por detrás!

Bat Hodel se volvió en el mismo instante que uno de los sapos caía sobre él. Hodel fue derribado violentamente de espaldas y perdió la linterna que rodó por el piso de roca, quedando encendida.

Dennis conseguía alcanzar en este momento la culata de su revólver. Tiró del arma y se revolvió furiosamente, haciendo un esfuerzo para dar media vuelta.

Lo consiguió, pero el sapo estaba sobre él y le tiró una furiosa dentellada a la cara.

El titanio y el cristal de la escafandra salvaron a Dennis por el momento. Los afilados dientes del sapo resbalaron sobre el cristal arrancando de éste chirridos escalofriantes. Dennis levantó su pistola amartillada y disparó a boca-jarro contra la cabeza del monstruo.

El brinco convulsivo del animal libró a Jefferson del peso de éste. Dennis se puso en pie. Otro sapo saltó ante él a menos de dos metros. Dennis le metió un certero balazo entre los ojos y corrió en auxilio de Hodel. Éste tenía sobre su pecho un gigantesco sapo y no podía librarse de él.

-¡Dennis!

-Aquí estoy.

Jefferson disparó por detrás contra la cabeza del monstruo, que cayó muerto sobre Hodel impidiéndole moverse con su peso.

Pero los monstruos ya estaban allí. Los rodeaban por todas partes y todavía seguían llegando más.

Dennis vio de pronto su «metralleta» en el suelo y corrió hacia ella. La cogió con la misma mano en que todavía conservaba el repleto cargador. Pero otro de aquellos malditos bichos saltó sobre sus espaldas y le tiró rodando por el piso de roca.

Dando vueltas sobre sí mismo por el resbaladizo piso, Dennis llegó hasta el mismo borde del estanque.

Un horrible sapazo salía arrastrándose del agua. La linterna, desde el suelo, seguía iluminando aquella escena de pesadilla, aunque débilmente por estar enfocada contra el muro. Pero los ojos de Dennis ya se habían acostumbrado a la oscuridad y podía ver las formas oscuras que incesantemente saltaban a su alrededor.

Dejó caer el revólver, arrancó el cargador vacío y metió el otro maldiciendo por lo bajo.

-¡Dennis, cuidado! -gritó la voz de Hodel por la radio.

Dennis se volvió con la «metralleta» amartillada.

El sapo que había surgido del estanque se preparaba a saltar sobre él. Dennis oprimió el gatillo.

Tableteó la ametralladora. El sapo, con media docena de proyectiles en la cabeza, cayó hacia atrás zambulléndose en el lago.

Dennis se revolvió furioso contra el resto de los monstruos.

Desde la altura de la cadera disparó barriendo a derecha e izquierda sin apuntar.

Los sapos brincaron, rodaron por el suelo y algunos retrocedieron ante aquella candente cortina de plomo. Agrandados y multiplicados por el eco, los disparos de una sola ametralladora parecían los de todo un batallón de fusileros.

El cargador, finalmente, se agotó también. Dennis sacó una granada del cinturón, arrancó la anilla y arrojó la bomba lejos contra la chusma de sapos que escapaban en tropel. La explosión hizo desprenderse del techo grandes estalactitas que cayeron verticalmente y se desmenuzaron al pegar contra el suelo alrededor de los cosmonautas.

Afiladas como lanzas, aquellas estalactitas representaban una seria amenaza si acertaban a caer sobre sus cabezas. Dennis volvió a colgar del cinturón la granada que ya había sacado para arrojarla detrás de la primera.

-Se han marchado -dijo Hodel con voz tranquilizada-. ¿Puedes venir aquí a echarme una mano?

Dennis se acercó a Hodel. El sapo que éste tenía encima, tan grande como un hipopótamo, le impedía moverse. Jefferson estaba empujando para apartar al sapo cuando de pronto se vieron bañados por la luz de varias linternas eléctricas.

Una voz que hablaba inglés con fuerte acento extranjero resonó simultáneamente en los auriculares de Bat Hodel y Dennis Jefferson.

-Arrojen las armas y levanten las manos, coronel Jefferson.

Dennis se volvió parpadeando bajo la deslumbradora luz. Aunque no podía ver a los hombres que estaban detrás de las linternas identificó por la voz a Zhakarov. Esto fue algo que no le proporcionó la menor alegría, pues con Hodel debajo del sapo, deslumbrados por las lámparas de los rusos, estaban enteramente a merced de ellos.

CAPÍTULO V

Poniéndose en pie y apartando de un empujón a los dos hombres que le habían ayudado, Bat Hodel dijo secamente:

-Gracias, son ustedes muy amables, pero podría haberme valido por mí mismo.

Miró a Jefferson. Éste estaba siendo despojado de las granadas que todavía adornaban su cinturón. Bajo la luz de la linterna de Zhakarov, a través del cristal de la escafandra, el rostro de Jefferson aparecía serio, con los delgados labios fuertemente fruncidos.

Zhakarov soltó una risita y dijo:

-Sí, estos sapos marcianos son muy peligrosos cuando se reúnen en manada. La primera vez que penetramos en este subterráneo devoraron a dos de nuestros hombres antes que tuviéramos tiempo de acudir en su auxilio.

-¿Qué han hecho ustedes del profesor Swanson, de la señorita Bergdarf y los demás? -preguntó Jefferson.

-Todavía viven, si es eso lo que quiere saber. Puesto que ustedes han sido tan corteses de venir a entregarse, espero que no sea menester dar el pasaporte a ninguno para obligarles a entregarnos su aeronave.

Dennis no contestó.

-Andando -dijo el ruso-. Vamos de aquí antes que vuelvan esos condenados sapos.

Sin protestas se dejaron guiar hasta el túnel. No sin asombro, Jefferson descubrió que el túnel era el arranque de otra escalera que se hundía profundamente en la tierra. Los escalones estaban tallados en la roca y, como los otros, medían medio metro de altura cada uno.

-¿Adónde lleva esta escalera? ¿Vamos a llegar hasta el centro del planeta? -preguntó Hodel.

Zhakarov contestó:

-Los marcianos, después de abandonar su ciudad de la superficie, debieron venir a refugiarse en estos subterráneos. Hay todo un laberinto de corredores más abajo, con celdas que en otros tiempos debieron estar habitadas, y restos de un complejo sistema de ventilación... Claro que ahora todo está abandonado y medio derruido. Vayan con cuidado, el piso es muy resbaladizo.

En efecto, Dennis acababa de resbalar y estuvo a punto de caer.

La escalera desembocó en un corredor medio anegado, en el cual goteaba el agua infiltrada del techo. Después del corredor comenzó otra larga escalera, pero ésta tenía un pasamanos dorado.

El agua procedente de las infiltraciones volvía a formar regueros que saltaban de escalón en escalón. Dennis se apoyó en el pasamanos. Le

sorprendió que éste no se hubiera oxidado, ya que la intensa humedad que rezumaba por todas partes habría sido capaz hasta de corroer el acero inoxidable al cabo de largos milenios de exposición al medio ambiente.

-¿Colocaron ustedes este pasamanos recientemente? -preguntó.

-¡Oh, no! Los marcianos lo pusieron hace miles de años, tal vez millones.

-¿Pues de qué está hecho? Parece imposible que este metal no se haya oxidado después de tanto tiempo expuesto a la humedad.

-Amigo mío, el oro no se oxida jamás, eso es algo que todo el mundo sabe.

-¡Oro! -exclamó Dennis parándose en seco-. ¿Quiere decir que este pasamanos está hecho todo él de oro?

-Sí. ¿Por qué le sorprende? Los marcianos al parecer tenían mucho oro, y seguramente por lo abundante que era en su planeta no le daban más valor que a otro metal cualquiera. En realidad, la utilidad del oro es bien escasa si se le compara a otros metales. Es inoxidable, pero no sirve para fundir piezas de maquinaria. Es demasiado blando y pesado.

Bat Hodel dejó escapar por la radio un suave silbido, de asombro.

-¡Caramba! Pues como haya muchos pasamanos como éste, hay enterrado aquí un fortunón.

Zhakarov se rió. Dijo algo en ruso y sus compañeros se rieron también. Luego habló en inglés y dijo:

-No sólo los pasamanos son de oro. Los marcianos emplearon el oro también para sus conducciones de agua, para sus líneas del tendido eléctrico y hasta para hacer puertas. La ciudad rezuma humedad por todas partes, de modo que tuvieron que emplear el oro para la mayor parte de las cosas que habían de tener un largo uso.

-Me gustaría ver esa ciudad -dijo Hodel inmediatamente.

-¡Oh, la verá... la verá!

Zhakarov se echó a reír y los dos cosmonautas americanos recordaron de nuevo la difícil situación en que se encontraban.

El cañón de una ametralladora rusa empujó a Jefferson por detrás, obligándole a continuar. Al apoyarse de nuevo en el pasamanos, Dennis pensó que sería fantástico el impacto que la noticia habría de causar en la Tierra. ¡Una ciudad marciana fantasma toda de oro!

Un nuevo rumor llegó ahora hasta los oídos de los cosmonautas americanos, pero hasta que no hubieron descendido casi otro centenar de metros no pudieron identificar el ruido. Éste procedía, al parecer, de alguna corriente de agua que se precipitaba desde gran altura formando una cascada.

El trueno de la cascada llegó a hacerse tan fuerte y molesto que Dennis y Hodel terminaron por desconectar su micrófono exterior, y aun así el

ruido que pasaba a través del metal y el cristal de sus escafandras era tan atronador que les obligaba a aumentar el volumen de sus audífonos para escuchar lo que unos y otros decían a través de la radio.

La escalera desembocó finalmente en una espaciosa gruta que estaba iluminada por una solitaria bombilla eléctrica.

La presencia de la electricidad en aquel profundo subterráneo sorprendió a Jefferson hasta que comprendió la razón de su existencia.

En efecto, en un rincón de la gruta un grueso chorro de agua se vertía ruidosamente por una grieta del techo para caer en un pozo oscuro y, al parecer, profundo. El caudal de la cascada hacía girar velozmente a una rueda hidráulica de paletas, que estaba conectada por medio de una polea a una dínamo.

Gran parte del equipo de la expedición soviética había sido trasladado a la gruta y se veía esparcido por allí. Sobre la gruta se abrían los huecos de varios túneles. Un par de cuevas estaban provistas de pesadas puertas de un metal amarillo... ¡oro!

-Sean ustedes bienvenidos a nuestro modesto refugio -dijo Zhakarov con una burlona reverencia-. Tomen posesión de todo, porque dentro de poco ustedes ocuparán nuestro lugar, mientras nosotros regresamos a la Tierra en su cosmonave.

Una de las pesadas puertas de oro macizo se abrió lentamente y un hombre, equipado con escafandra y traje de presión espacial, salió a la gruta.

Zhakarov habló en ruso con el hombre, el cual por más señas iba armado con una «metralleta».

Ahora, Dennis podía ver a sus aprehensores. Zhakarov era un hombre de unos 35 años, alto, fornido. Llevaba barba, como casi todos sus compañeros, y esta barba rizada y rubia armonizaba bien con su nariz afilada y su alta y despejada frente de intelectual.

-Vengan por aquí -dijo Zhakarov haciendo una seña.

Todo el grupo pasó por la puerta de oro hasta un cuarto de reducidas dimensiones, en el fondo del cual vieron otra puerta también de oro.

El cuarto era tan pequeño que les obligó a apretarse los unos contra los otros. En un rincón Dennis vio varias botellas de oxígeno.

Al cerrarse la puerta por la que acababan de entrar, y abrir Zhakarov la válvula de algunas de las botellas de oxígeno, Dennis comprendió que se encontraban en una esclusa de aire que servía de introducción a una habitación climatizada.

Así era, en efecto. Cuando hubo la suficiente presión en la esclusa, Zhakarov cerró las válvulas y dio una orden en ruso.

Dennis advirtió entonces que el cemento donde estaban empotrados los marcos, también de oro por supuesto, era nuevo y cementado en fecha muy

reciente.

-¿Construyeron ustedes mismos esta esclusa? -preguntó.

-Sí, por supuesto -repuso Zhakarov-. Nos llevó bastante tiempo construir todo esto. Ahora que casi empezábamos a sentirnos a gusto vamos a tener que cedérselo todo a ustedes.

Tampoco Dennis contestó esta vez. La puerta de oro giraba pesadamente sobre sus goznes y todo el grupo penetró en una espaciosa cueva alumbrada eléctricamente, con mesas, sillas, camas y otros muebles.

El profesor Swanson y el capitán Hunter abandonaron sus literas y se pusieron impulsivamente en pie al ver entrar a Dennis y Hodel en compañía de los rusos.

-Sí, profesor Swanson, les cogimos a ellos también -dijo Zhakarov echándose a reír-. Adelante, coronel. Pueden quitarse ustedes las escafandras.

Dennis no se hizo repetir la invitación. Al arrancarse la escafandra volvió a escuchar, muy amortiguado, el trueno ininterrumpido de la cascada que llegaba de fuera a través de las dos puertas estancas.

Cornish Bergdarf miraba desencantada a Jefferson. La muchacha se había despojado de su traje de presión, conservando las ropas que llevaba debajo al ser capturada; un pantalón ajustado y una camisa de corte masculino que realzaba la belleza y vigor de su joven busto y la hacía muy atractiva a los ojos de Dennis Jefferson.

Los rusos estaban despojándose de sus escafandras. Todos eran jóvenes y vigorosos, escogidos física e intelectualmente para una misión que inicialmente había sido un éxito, tal cual era la expedición científica a Marte. Parecían inteligentes y, excepto uno o dos, Dennis hubiera jurado que eran buenos muchachos.

-¿Cómo les cogieron? -preguntó Hunter a Dennis.

-Nos cogieron -repuso Dennis secamente-. ¿Qué importa cómo?

-Es cierto -dijo Zhakarov-. Lo importante es que les hemos capturado a todos, y que ahora nosotros impondremos las condiciones.

-¿Las condiciones para qué? -preguntó Dennis.

-Pues para que nos cedan su cosmonave, naturalmente. Creo que todavía les queda un hombre a bordo de la aeronave.

-Sí.

-Pero se trata de un ayudante del profesor Swanson. Por lo tanto, ese hombre no podría en ningún caso sentarse a los mandos de la cosmonave, despegar y tripularla hasta la Tierra aunque usted se lo mandase.

Esto era absolutamente cierto. Dennis optó por guardar silencio.

-En resumen -continuó Zhakarov-. Sólo falta que usted reconozca que somos los dueños de la situación, que ordene a su hombre abandonar la cosmonave y que nosotros tomemos posesión de la máquina. Usted es un

hombre inteligente y lo hará. Ya ve que, por otra parte, estamos cómodamente instalados aquí. Esa cascada nos proporciona la energía eléctrica para alumbrar nuestro refugio, calentarnos, cocinar y extraer oxígeno del agua. No van a quedar ustedes en una situación tan desesperada que sea imposible resistir hasta que llegue otra expedición americana en su socorro. Nosotros hicimos lo más costoso. Hemos trabajado mucho para sacar el mayor rendimiento a nuestros recursos, y ya ve que seguimos vivos cuando todos nos suponen muertos.

-Eso es lo que no alcanzo a comprender. ¿Por qué han dejado que hasta en su propio país les crean muertos, cuando están vivos y probablemente poseen medios para comunicar con la Tierra?

-¿No lo comprende usted, verdad? -gruñó Zhakarov.

-No. Un acto como el que ustedes han cometido se explicaría solamente en el caso de que hubiesen enloquecido como resultas de una angustiosa situación. Pero están ustedes confortablemente alojados, bien alimentados, con abundante oxígeno, y su moral es alta por lo que se adivina. ¿Qué fue, entonces, lo que les impulsó, a disparar contra nosotros matando a dos de nuestros compañeros?

-Les escuchamos por radio cuando anunciaban a la Tierra que habían alcanzado una órbita de satélite y se disponían a aterrizar en las ruinas de Tohr. Queríamos apoderarnos de su cosmonave.

-Sin embargo, nosotros veníamos dispuestos a ayudarles. Teníamos, y todavía tenemos, los medios para sacarles de aquí y ponerles a salvo en los Estados Unidos.

-No es a los Estados Unidos donde queremos ir -repuso Zhakarov sombríamente.

-No es el lugar que más les conviene, por supuesto -dijo el capitán Hunter-. Sobre todo, después de haber asesinado a Sunburt y a Landman.

-Usted lo ha dicho, amigo. No es allí donde iremos.

-Pues es a los Estados Unidos donde irán para responder ante un tribunal americano por sus crímenes... o no irán a ninguna parte. No, aunque todos tengamos que quedarnos en Marte -prometió Dennis con energía.

Zhakarov le contempló torvamente unos instantes. Mientras tanto, uno de los cosmonautas rusos se volvió hacia sus compañeros y empezó a hablarles en su idioma.

-¡Cierra la boca, Borachieff, estúpido! -bramó Zhakarov en inglés.

Borachieff, un joven moreno, alto y delgado, echó una mirada asustada sobre Zhakarov y enmudeció.

-Yo le diré por qué teníamos que apoderarnos de su cosmonave, ya que usted no lo adivina -dijo Zhakarov sombríamente encarándose con Jefferson-. Esta ciudad está llena de oro. El oro es un absurdo y vil metal,

cuyo todo valor reside en la carestía que hay de él. Los marcianos que construyeron esta ciudad, seguramente no concedían al oro más importancia que a cualquier otro metal. Pero en la Tierra el oro lo significa todo. Con oro se compran automóviles, casas, barcos de recreo... Con oro puede tenerse servidumbre, comida abundante y selecta, ropas, lujo y diversiones. Se puede pagar al mejor cirujano si hace falta, se compran amistades e influencia. Por eso nosotros, que somos pobres y nunca disfrutamos de todas esas cosas tan estupendas, hemos decidido apoderarnos de su cosmonave, cargarla de oro hasta donde podamos y escapar con nuestro tesoro para ser ricos en la Tierra.

-Comprendo -dijo Dennis-. Ustedes ni siquiera desean volver a la Unión Soviética.

-Allí menos que a ninguna parte -afirmó Zhakarov con ruda sinceridad-. ¿Qué cree que ocurriría si nos presentáramos en la URSS con una cosmonave repleta de oro? Nos confiscarían nuestro cargamento.

-Y probablemente se les juzgaría y condenaría por haber robado una cosmonave dando muerte a dos norteamericanos.

-Nadie sabrá de nosotros, ni en la Unión Soviética ni en los Estados Unidos. Aterrizaremos en algún lugar desierto, pondremos a salvo nuestro tesoro y nos esfumaremos. También puede adquirirse una nacionalidad y un pasaporte con oro. El oro es la llave que abre todas las puertas y nosotros lo tendremos en cantidad suficiente para no tener que preocuparnos por el resto de nuestra vida.

-Está usted en un error, Zhakarov. La fortuna, cuando no se adquiere honradamente, raramente llega a disfrutarse -dijo el profesor Swanson.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó el ruso bruscamente volviéndose hacia el sabio-. ¿Ha sido rico alguna vez?

-Su locura sólo puede conducirles al desastre -dijo Dennis-. Alguna vez, un ladrón consigue escapar a la justicia con el producto de su robo. Desaparece y nadie vuelve a hablar de él. Pero su caso es distinto. Su evasión de Marte, tripulando una cosmonave robada repleta de oro, tendrá justa repercusión en todo el mundo. Todos los periódicos publicarán su fotografía y la de los hombres que le acompañan, y no habrá vez que se hable de Marte y de las ruinas de esta ciudad que no se mencione su caso. El más pequeño agujero del planeta será demasiado grande para ocultarles a usted y su fabuloso tesoro.

-¿Por qué no deja que yo corra mi propio riesgo, y se ocupa del riesgo que corre usted? -gruñó Zhakarov-. Todavía no ha respondido a mi pregunta. ¿Nos entregará la cosmonave, sí o no?

-¿Me permite que lo consulte antes con mis compañeros?

-Bueno, consúltelo.

-En reservado.

Zhakarov pareció reflexionar un minuto mirando a Dennis torvamente. Luego señaló una puerta de oro en un rincón de la gruta.

-De acuerdo. Entren allí. Pero les advierto que una negativa sólo contribuiría a hacer más difícil su situación.

Zhakarov llamó a dos de los jóvenes rusos y les habló en su idioma. Los dos hombres precedieron a los americanos dentro de la cueva. Estuvieron unos minutos allí y volvieron a salir, sacando algunas cosas: una caja de trinitrotolueno y otra más grande y pesada que probablemente contenía cartuchos.

-Ya pueden entrar -dijo el joven llamado Borachieff en un inglés fluido y bien entonado.

La cueva donde entraron estaba ocupada hasta su mitad por un gran montón de piezas de oro, casi todo barras y tubos de distinto tamaño, aunque se veían también algunas ánforas, bandejas y otros utensilios revueltos en un gran montón.

La expedición debía utilizar la cueva como almacén, pues se veían también muchas cajas, barriles y un transmisor de radio desmontado pero completo.

-¿De modo que esta es la cueva del tesoro? -murmuró Bat Hodel mirando a su alrededor.

Dennis buscó al profesor Swanson para encararse con él.

-Me gustaría conocer su opinión, señor Swanson.

El sabio suspiró y dijo:

-Me imagino que sería un gran descanso para usted que otros tuvieran que tomar decisiones en su lugar. Lo siento, coronel Jefferson. Es usted quien tiene que decidir sobre lo que se habrá de hacer.

-¿Quieren que les entreguemos nuestra cosmonave a esos granujas para que escapen y nos abandonen a nuestra propia suerte?

-Nosotros no queremos, coronel -dijo Davy Hunter-. Sin embargo todo parece demostrar que no habrá más remedio que ceder a sus imposiciones.

-Este refugio parece bastante seguro y completo para poder resistir algunos meses hasta que llegue otra expedición en nuestro socorro -dijo la señorita Bergdarf.

-¿Comiendo la carne de esos horribles sapos que estuvieron a punto de devorarnos? -preguntó Hodel-. Recuerden que sólo trajimos provisiones para tres meses, o sea para una corta estancia en Marte y el viaje de regreso a la Tierra si fracasaba nuestro experimento. Naturalmente, Zhakarov se llevará consigo nuestras provisiones para el viaje. Y no creo que sea mucho lo que los rusos dejen aquí después de siete meses de hacer el Robinson.

-Con todo, no es el principal problema el de los alimentos -aseguró el profesor Swanson-. Es cuestión de ética considerar si debemos facilitar al señor Zhakarov los medios para escapar impune a su triple delito: traición a

su país, asesinato de dos americanos y robo de una cosmonave. Creo que nos estamos portando como chiquillos asustados por una amenaza que tal vez Zhakarov no es capaz de llevar a cabo.

-En eso se equivoca usted, profesor -dijo la señorita Bergdarf-. Zhakarov es perfectamente capaz de degollarnos uno a uno si no le damos lo que quiere. Sólo hay otro hombre tan malvado como él en este grupo, Uhtynow. Los dos se entienden a la perfección, hasta el extremo que creo que Uhtynow es el guardaespaldas de Zhakarov y el único que llegará vivo con éste a la Tierra. Más tarde, quizás Zhakarov mate a Uhtynow o sea Uhtynow quien asesine a Zhakarov. Los dos se apoyan ahora contra los demás miembros de la expedición que, dicho sea de paso, me parecen más asustados que malos muchachos.

-Es usted muy aguda como observadora, señorita Bergdarf -dijo Dennis cáusticamente.

-Sé cuándo un hombre está asustado y cuándo no lo está.

-Entonces sabrá adivinar cómo me siento, ¿no es cierto?

-Creo que usted no desea entregar nuestra cosmonave a los rusos. Usted es militar de carrera. Teme que una concesión hecha a Zhakarov, por pequeña que fuera, podría perjudicarle más tarde al revisarse las causas que motivaron cualquier decisión que tome ahora.

Dennis guardó silencio, porque esto era, precisamente, lo que sentía.

-Examinemos con calma la situación -propuso Hunter-. ¿Qué ocurriría si nos negásemos a entregar la cosmonave a Zhakarov?

-Antes preguntémonos si podríamos retener la cosmonave incluso en el caso que no quisiéramos entregarla a Zhakarov -repuso Dennis-. El hombre que ha quedado a bordo, ese Ford... ¿qué tal persona es? Usted le conoce mejor que yo, profesor Swanson.

-Creo que podemos confiar en Ford. Si usted le ordena hacerse fuerte en la cosmonave, nadie podrá obligarle a salir de allí.

-Si es como usted dice, podemos pasar a considerar el segundo aspecto de la cuestión. ¿Qué hará Zhakarov cuando se convenza de que sólo con mi visto bueno puede ocupar la cosmonave?

-Hará mil diabluras para inducirle a ordenar a Ford que abra la escotilla y permita a los rusos ocupar la cosmonave -aseguró la señorita Bergdarf-. Le golpeará, le maltratará y si es preciso le torturará.

-¿Usted cree? -preguntó Dennis.

-Es perfectamente capaz de hacerlo.

Jefferson reflexionó en silencio mientras Bat Hodel exclamaba:

-¡Qué mala suerte! Si al menos hubiéramos tenido tiempo de hacer aterrizar nuestras aeronaves, ni siquiera importaría que Zhakarov escapase con la «Galax».

-Sin duda habría sido una excelente idea hacer aterrizar nuestras

cosmonaves antes de venir en nuestra busca para caer incautamente en manos de Zhakarov -dijo Cornish Bergdarf. Y espió la expresión del rostro de Jefferson con el rabillo del ojo.

-Bueno, la verdad es que las condiciones no fueron favorables mientras estuvo soplando aquel maldito huracán -dijo Hodel, espiando también a Dennis.

Dennis sabía que había cometido un irreparable error al salir en busca de sus compañeros secuestrados antes de proceder a la maniobra de hacer aterrizar a las tres cosmonaves que todavía giraban en la órbita de satélite. Lo sabía ahora, pero antes lo había considerado un deber. Le preocupaba la suerte que hubiesen podido correr sus amigos.

Quizá fuese demasiado blando como jefe de una expedición espacial. Pero ahora sería enérgico.

CAPÍTULO VI

Había mal oculta ansiedad en la expresión de Zhakarov al avanzar en dirección a Jefferson cuando éste salía de la cueva.

-Han tenido todo el tiempo que quisieron para deliberar -dijo Zhakarov-. Espero que, al menos, habrán llegado a una decisión.

-En efecto -repuso Dennis-. Yo he llegado a una decisión. No les entregaré la cosmonave salvo una condición.

El hombre se puso en guardia.

-¿De veras? Está bien, sepamos sus condiciones.

-Nuestra expedición no está formada exclusivamente de nuestra cosmonave «Galax». Ésta ha servido, entre otras cosas, para remolcar un tren de tres cosmonaves desde una estación satélite en órbita alrededor de la Tierra. Se trata de naves sin piloto y sin tripulación. Nosotros debemos hacerlas aterrizar en Marte utilizando nuestra radio por control remoto. Es condición indispensable que nos permitan hacerlo para entregarles la cosmonave.

Zhakarov arrugó el ceño.

-¿Qué hay a bordo de esas naves?

-Varias cosas. Una central atómica para producción de energía eléctrica, provisiones y equipo científico.

-¿Y ni una sola persona a bordo?

-Ni una sola persona.

Zhakarov contempló con expresión sombría a Dennis unos instantes. Luego, repentinamente, chilló, acercando su roja y barbuda cara al rostro de Dennis:

-¿Nos toman por imbéciles? Sabemos que hay gente a bordo de esas cosmonaves que todavía no han aterrizado.

-No hay nadie allí, se lo aseguro.

-Les oímos perfectamente cuando hablaban por la radio. El capitán Hodel estaba entonces a bordo de la cosmonave y dijo: «Tratemos de defender la cosmonave. Si el experimento sale bien, antes de veinticuatro horas tendremos aquí gente suficiente para acorralar a esos locos». ¿Lo dijo, o no lo dijo usted, capitán Hodel? -bramó Zhakarov volviéndose a fulminar a Hodel con los ojos.

Hodel, simplemente, no contestó. Zhakarov levantó el brazo y le golpeó en la mejilla con el revés de la mano. Debido a la fuerza del golpe y la menor fuerza de gravedad de Marte que hacía menos pesado a Hodel, el oficial fue lanzado hacia atrás contra uno de los camastros.

Dennis avanzó un paso en dirección a Zhakarov. Éste giró bruscamente sobre sus talones y le encañonó con su inseparable «metralleta».

-No se mueva de donde está, coronel Jefferson. Vamos a hablar claro.

Usted ha dicho sus condiciones. Yo diré ahora las mías. O nos entrega la cosmonave ahora mismo, o voy a tener mucho gusto en apretar el gatillo de esta ametralladora y enviarle a usted al infierno.

-No, no lo hará -dijo Dennis.

Estaba pálido pero hablaba con firmeza.

-¿Por qué está tan seguro?

-Di instrucciones a Ford para que en ningún caso permitiese el acceso a la cosmonave a nadie que no fuera acompañado por mí.

-Su hombre está solo a bordo de la nave. No es capaz de elevarse con ella. Tendrá miedo y abrirá la puerta.

-Sería un estúpido si lo hiciera. Ford sabe que ustedes necesitan esa cosmonave, y que por lo tanto no la atacarán con bombas ni le causarán daño mientras él se haga fuerte en ella.

Los azules ojos de Zhakarov centellearon. De pronto atacó golpeando a Dennis en el mentón con la culata metálica de la «metralleta».

El golpe fue muy fuerte y doloroso y tiró a Dennis de espaldas contra el suelo de roca.

Bat Hodel acababa de incorporarse y se arrojó sobre Zhakarov asestándole un puñetazo en la nariz. El ruso retrocedió gruñendo e interpuso la «metralleta» entre su rostro y los agresivos puños del americano.

No le valió aquello, pues Hodel le hundió el puño izquierdo en el estómago. Zhakarov se dobló en dos expulsando violentamente el aire de sus pulmones.

Mientras los rusos corrían a sujetar a Bat, éste todavía alcanzó a colocar su puño bajo la barbilla de Zhakarov.

Zhakarov fue a estrellarse violentamente contra el muro de piedra, al mismo tiempo que Uhtynow saltaba por detrás de Hodel y le asestaba un golpe en la nuca con la culata de su «metralleta». Bat dobló las rodillas y rodó sin sentido por el suelo, justamente cuando Dennis saltaba en pie y acometía furiosamente a Uhtynow aplicándole un puñetazo en el oído.

Dos hombres saltaron al mismo tiempo sobre Dennis y le sujetaron por los brazos, mientras el joven llamado Borachieff encañonaba con su «metralleta» a Hunter y a Clinton y les obligaba a retroceder hacia la cueva, donde momentos antes Dennis había estado deliberando con sus amigos.

Bramando injurias en ruso, el sujeto llamado Uhtynow se abalanzó contra Dennis y le golpeó de revés con la culata de su ametralladora.

La sangre corrió desde la ceja de Dennis formando un reguero por su mejilla.

-¡Cobarde! -rugió Dennis.

Uhtynow enarboló de nuevo el arma para asestarle otro golpe.

Dennis levantó la pierna largando un puntapié al ruso en la ingle. Uhtynow salió dando vueltas por el suelo, aullando como un condenado con las manos sobre el bajo vientre.

Zhakarov, repuesto del furioso ataque de Hodel, cruzó la gruta y vino hacia Dennis a grandes zancadas. Los ojos le llameaban.

-Por aquí debiéramos haber empezado -rugió. Y disparó su grueso puño contra la nariz de Jefferson.

La sangre manó a chorros por la nariz de Dennis mientras los dos hombres le sujetaban por los brazos. Zhakarov volvió a golpearle una y otra vez. Le golpeó en la boca, en el mentón, en los oídos y sobre la ceja herida.

Aunque sentía vehementes deseos de gritar, Dennis se contuvo mordiéndose los labios. Zhakarov le golpeó en el estómago, luego en la cara y nuevamente en el estómago. Dennis sentía que le abandonaban las fuerzas.

Zhakarov dejó de golpearle, le asió por los cabellos y le obligó a levantar el sangrante y tumefacto rostro.

-Veamos si has cambiado de opinión -dijo con voz silbante.

Dennis le escupió en la cara saliva y sangre.

-¡Perro! ¡Cerdo! -aulló Zhakarov mientras volvía a golpearle sañudamente.

Dennis cerró los ojos y aflojó los músculos. Sabía que el castigo duraría mientras él lo pudiese resistir. Aunque no estaba del todo desvanecido, lo fingió.

Le dejaron caer al suelo. Zhakarov bramó una maldición en ruso y le asestó un brutal puntapié en los riñones.

-¡Ya basta, Zhakarov! -gritó el joven ruso llamado Borachieff volviéndose con la «metralleta» entre las manos-. ¡Basta! ¿No ves que se ha desmayado?

Zhakarov siguió chillando en ruso. Su voz furiosa llegaba hasta los oídos de Jefferson como a través de un muro acolchado. Debió dormirse o realmente llegó a perder el sentido. Despertó de nuevo al sentir que le depositaban rudamente en el suelo. Entreabrió los hinchados párpados. Dos hombres salían de la cueva del tesoro, donde, al parecer le habían trasladado.

A través de la puerta abierta alcanzó a ver a Zhakarov embutiéndose en su traje de presión parcial. La señorita Bergdarf y el profesor Swanson se vestían también sus trajes de cosmonauta.

La puerta se cerró y Dennis dejó de ver y de oír lo que pasaba en la gruta contigua. Le dolía terriblemente la espalda y sentía zumbidos en uno de los oídos.

Transcurrió un rato hasta que la puerta de la celda se abrió de nuevo y fue encendida la luz eléctrica. Un hombre entró en la cueva.

Era uno de los cosmonautas rusos, Borachieff. Se inclinó sobre Dennis y. le habló en su fluido inglés académico.

-¿Se siente mejor?

-No, me siento muy mal. ¿Dónde están mis amigos? -preguntó Dennis mirando a través de la puerta abierta.

-Zhakarov les llevó consigo.

Otro hombre apareció en el hueco de la puerta y habló a Borachieff en ruso. Borachieff habló a su vez con rapidez, agitando las manos con ademanes persuasivos. El otro se encogió de hombros. Borachieff se inclinó de nuevo sobre Dennis.

-Zhakarov ha salido para repetir su intento de apoderarse de la cosmonave. Esta vez amenazará a Ford con matar a sus amigos, empezando por el profesor Swanson y siguiendo después con los demás.

-¿Por qué me cuenta todo eso? -preguntó Jefferson extrañado.

-Porque soy su amigo. No vaya a creer que aquí todos estamos de acuerdo con Zhakarov. No. Algunos de nosotros estaríamos incluso dispuestos a ser juzgados por un tribunal americano antes que seguir a Zhakarov en la locura que éste pretende llevar a cabo.

-Si es así como piensan, ¿por qué no le pegan un tiro a Zhakarov y se pasan a nuestro lado?

-Suponiendo que estuviéramos dispuestos a ayudarles contra Zhakarov, ¿qué garantías podrían ofrecernos ustedes de ser tratados según las atenuantes cuando compareciéramos ante un tribunal americano?

-Si necesita usted garantías para hacer una buena obra, no es usted tan bueno como le suponía -dijo Dennis secamente.

El joven inclinó la cabeza. Luego asintió.

-Tiene usted razón. De acuerdo, mi amigo y yo vamos a ayudarle. ¿Puede usted valerse por sí solo?

-Lo probaré.

Dennis probó a incorporarse por sí solo, pero hubo de ser ayudado por Borachieff para no caerse de bruces. La cabeza le daba vueltas y seguía sintiendo aquel dolor en los riñones. Con todo pudo sostenerse en pie mientras Borachieff le hablaba con rapidez.

-Zhakarov esperará la luz del día para que Ford pueda verles desde la cosmonave. En ese momento comunicará con Ford por radio y le amenazará con asesinar a Swanson si no abre la escotilla. En el caso de que Ford se resista, Zhakarov le saltará los sesos al profesor de un balazo y amenazará con hacer lo mismo con la señorita Bergdarf. Como además asegurará que usted ya está muerto, Ford habrá de considerar dos aspectos distintos de la cuestión. Primero: su obstinación en defender la cosmonave será causa de que sus compañeros vayan siendo asesinados uno tras otro. Segundo: muertos sus compañeros, la resistencia de Ford carecerá de

objeto. Él es incapaz de pilotar la nave hasta la Tierra. Por lo tanto tendrá que esperar completamente solo, encerrado en la cosmonave, hasta que llegue una segunda expedición americana en su auxilio. Pero para eso habrán de transcurrir meses, y mientras tanto Ford morirá de asfixia después de haber agotado toda su provisión de oxígeno. Por lo tanto, es seguro que Ford acabará por rendirse y entregar la cosmonave a Zhakarov.

-Ese Zhakarov tiene la mentalidad de un auténtico demonio -refunfuñó Dennis-. ¿Cuál es el plan de usted?

-Llegar antes que Zhakarov a la cosmonave e introducirnos en ella. Inmediatamente, usted hará que aterricen esas cosmonaves que están allá arriba.

-Eso puede poner tan furioso a Zhakarov que arremeta contra mis compañeros y los mate a tiros -objetó Dennis.

-Es un riesgo que habrá que correr. Piense sin embargo que Zhakarov no está solo. Lo más probable es que nuestros compañeros, se opongan a un crimen que ya no tendría objeto y sólo contribuiría a empeorar su situación. Ustedes tienen más hombres en esas cosmonaves. Cuando lleguen al suelo, Zhakarov tendrá que rendirse y admitir que ha perdido la partida.

Dennis guardó silencio. ¿Debería decir a Borachieff que no había una sola persona a bordo de aquellas tres cosmonaves?

Optó por callar. Le convenía ahora hacer creer a los rusos que había más hombres en las tres cosmonaves. Quizás la sola presencia de las tres cosmonaves bastara entonces para desanimar a Zhakarov. Era prematuro predecir el giro que tomarían las cosas dentro de unas horas.

Mientras tanto era mejor guardar su secreto.

-Aquí está su escafandra. Póngasela -dijo Borachieff.

Dennis se caló la escafandra. El amigo de Borachieff le colgó dos botellas de oxígeno en el soporte de la espalda e hizo la correspondiente conexión de los tubos.

Le entregaron una linterna eléctrica, pero Borachieff y Basiley se reservaron para sí las «metralletas» y las pistolas.

-«Yo me estoy fiando de estos rusos» -se dijo Jefferson para sí-. «¿Cómo sabré que todo esto no es más que una trampa para llevarles a bordo, para que una vez allí me arrinconen contra la pared y llamen a Zhakarov y los otros?».

La verdad era que no podía saberlo. Tenía que aceptar el riesgo, y en último caso intentar adelantarse a ellos como Dios le diera a entender.

Salieron de la gruta por la misma cámara de aire que habían utilizado al llegar. Habían convenido que no utilizarían la radio y que procurarían hacer el menor uso posible de los amplificadores, hablándose por medio de señas mientras pudiesen.

Al abandonar la esclusa de aire tomaron en sentido inverso por el

mismo corredor que a la llegada. La escalera resultó más descansada de subir que lo que Dennis había imaginado, tal vez porque en Marte sólo pesaba algo más de veinte kilogramos. Lo único que le molestaba era aquel dolor de riñones.

-¿No hay otro camino para salir que el que pasa por la gruta del lago? -preguntó Dennis.

-Es posible que haya algún otro. No lo sé. Nosotros no los hemos explorado todos. Es muy fácil perderse en este laberinto de corredores, o caerse por algún pozo, o quedar aplastado por una estalactita que se desprenda o ser atacado por los lagartos o los sapos.

-¿También hay lagartos aquí? -preguntó Dennis estremeciéndose.

-Muchos. Son tan grandes como nuestros caimanes y de una ferocidad exacerbada por su insaciable apetito.

-¿De qué se alimentan?

-No se sabe. Seguramente del musgo que crece por estos pasadizos y los sótanos de la ciudad. También comen a los sapos.

Guardaron silencio. El constante ejercicio les hacía sudar y jadear.

Casi de repente se encontraron en la gruta donde Dennis y Hodel habían sostenido su batalla contra los sapos.

Los cadáveres de los sapos que cayeron en el combate habían desaparecido. Dennis estimó ocioso preguntar quién se los había llevado.

La parte de camino que Dennis más temía, el ascenso por el pasadizo en rampa por donde se vertía el arroyo, resultó más sencilla que lo que esperaba. Asiéndose a las estalactitas y las rugosidades del muro fueron avanzando un paso tras otro hasta llegar a la inundada plazoleta.

-Saldremos por otra escalera distinta. Zhakarov puede estar arriba esperando a que se haga de día -dijo Borachieff.

Un largo ascenso condujo a los tres hombres a un largo túnel. En el último tramo de escaleras volvieron a encontrar los escalones obstruidos por arena y cascotes que habían rodado desde la superficie.

Dennis supo que estaban a cielo abierto cuando de pronto vio brillar las estrellas sobre su cabeza.

Las estrellas, vistas desde la superficie de Marte, tenían un tamaño y un fulgor jamás vistos en la Tierra. Esto se debía a la menor densidad de la atmósfera y a la falta casi total de vapor de agua en el aire.

Bajo este pálido y espectral fulgor, las ruinas de la ciudad ofrecían un fantástico aspecto.

Borachieff hizo una imperiosa seña a su compañero y tiró del brazo de Dennis.

Deslizándose rápidamente entre los restos de columnas y de muros, Borachieff se detenía de vez en cuando para escuchar y escrutar el terreno a su alrededor. Luego, a una imperiosa seña suya, seguían avanzando.

Sin necesidad de hacer preguntas, Dennis comprendió que estaban dando un gran rodeo para acercarse a la cosmonave por un lugar distinto al que lo haría Zhakarov. Quedaron atrás las ruinas de la ciudad y siguieron marchando por la tundra, describiendo un amplio semicírculo que les llevó ante la «Galax». La cosmonave se erguía como una formidable torre en la oscuridad, bajo el pálido fulgor de las estrellas.

Agazapándose para recorrer los metros que les separaban de la cosmonave, llegaron al pie de la escalerilla y Borachieff indicó por una seña a Dennis que utilizara la radio para llamar a Ford.

Dennis conectó su aparato y llamó con voz no muy fuerte:

-¡Ford! Soy Jefferson. ¿Me escucha? ¡Ford!

Temía que el ayudante de Swanson se hubiese dormido, como en efecto había sucedido. Ford se había adormilado en el confortable sillón del piloto frente al cuadro de instrumentos, pero había dejado la radio abierta por si se producía alguna llamada. Despertó sobresaltado y contestó:

-¡Coronel! ¡Gracias a Dios que alguno da señales de vida! ¿Dónde están ustedes?

-Estoy aquí, Ford. Al pie de la escalerilla. Ven corriendo a abrir mientras subimos.

Dennis empezó a trepar rápidamente escaleras arriba, seguido de Borachieff y Basiley.

Llegó arriba mucho antes que Ford bajase desde la cámara de derrota a abrir la escotilla. Dennis esperaba que Zhakarov, que sin duda escuchaba en su receptor desde alguna parte, no lejos de allí, rompería a maldecir en ruso y en inglés.

Pero Zhakarov, si realmente llegó a escuchar la conversación entre Jefferson y Ford, guardó silencio. Y este silencio fue lo que más escamó a Dennis.

Desde la gran altura que Dennis había alcanzado, mientras esperaba lleno de impaciencia ante la escotilla, miró a su alrededor intentando descubrir a Zhakarov. Una débil línea de luz violeta se extendía por el horizonte, anunciando lo que parecía la inminente llegada del nuevo día.

De pronto vio al grupo que llegaba corriendo desde el campamento ruso.

-¡Ford, por Dios, dese prisa!

-¡Ya abro, es sólo cuestión de un segundo mientras vacío la esclusa de aire! -contestó la voz de Ford por los auriculares de Dennis.

La manivela giró impulsada desde dentro. Dennis tiró de la pesada puerta. Ford se apartó a un lado y Dennis saltó dentro de la esclusa.

Borachieff entró siguiendo a Dennis, seguido a su vez de Basiley. Ford descubrió entonces que eran rusos los acompañantes de Dennis y dejó escapar una ahogada exclamación de sorpresa. La luz de la esclusa estaba

encendida y Ford escrutó con ansiedad el rostro de Dennis.

-Son amigos, John -dijo Dennis.

Borachieff se volvió para sacar medio cuerpo fuera de la cámara y cerrar la escotilla cogiendo el manubrio.

Ésta fue la ocasión que Basiley aprovechó para coger a su compañero por las piernas y arrojarlo fuera de un empujón.

Dennis no vio esta acción, pero escuchó el ronco grito de Borachieff y se volvió.

Al mismo tiempo, el traidor Basiley giraba sobre sí mismo y le encañonaba con su «metralleta» gritando una orden en ruso.

CAPÍTULO VII

Aunque esperaba que la traición de sus fingidos amigos se manifestaría más adelante, cuando ya se encontraran dentro de la cosmonave, la precipitación del acto no pilló completamente desprevenido a Dennis. Apenas Basiley le había apuntado con su «metralleta» cuando Jefferson alargó la mano, asió el arma por el cañón y la arrancó de un tirón de las manos del ruso.

El tirón de Dennis llevó a Basiley contra él. Dennis le empujó hacia atrás con el codo. El ruso fue lanzado hacia el hueco de la puerta, pero abrió los brazos y se asió al marco pegando un grito del que Dennis sólo entendió: ¡«Zhakarov»!

-¡Traidor! -rugió Dennis.

Y asestó un golpe con la culata metálica de la ametralladora al pecho del cosmonauta.

Basiley no debió sentir mucho el golpe a través del grueso acolchado de fibras de su traje de presión. Volvió a gritar. Dennis le golpeó de nuevo con la culata, esta vez en el cristal de la escafandra.

El cristal se rompió. Y por la presión del aire contenido en el interior de la escafandra saltó como impulsado por una fuerte explosión.

El rasurado rostro de Basiley sufrió una transformación instantánea. Los ojos parecieron saltarle de las órbitas, cada poro de su piel se convirtió en un punto amoratado y la sangre salió en doble chorro por las fosas nasales.

Éstos eran los efectos de la llamada «descompresión rápida», que ocurría cuando el cuerpo humano se exponía a un cambio brusco de presión.

Como además de la descompresión el hombre sufría los efectos de la asfixia, Basiley dio una boqueada que transfiguró su rostro en una mueca horrible. Dennis levantó una pierna, le empujó con el pie y lo arrojó fuera por la escotilla.

Basiley se precipitó al suelo desde 15 metros de altura para caer muerto al pie de la cosmonave.

Mientras tanto, Borachieff colgaba asido al manubrio de la puerta agitando los pies en el vacío. Dennis extendió el brazo, asió al joven por los depósitos de oxígeno y tiró de él. Cuando estuvo al alcance de sus dos manos, le cogió y lo metió dentro de un tirón, arrinconándolo contra el mamparo de acero mientras Ford corría a cerrar la escotilla.

-¿De modo que me habían preparado una trampa para apoderarse de la cosmonave? -rugió Dennis zarandeando al ruso.

Detrás del cristal de la escafandra, el barbudo rostro de Borachieff expresó consternación y tristeza.

-Acaso no quiera creerme, pero no fue cosa mía. No sólo le engañaron a usted. También yo fui engañado. Zhakarov debió urdir este plan en secreto con Basiley. Sabía que yo era contrario a la idea de apoderarnos de la cosmonave. Y adivinó que si me dejaban a solas con usted yo trataría de ayudarle como fuera.

-¿Y Basiley?

-Como los demás, excepto Zhakarov y Uhtynow, se había mostrado escéptico y bastante tibio al principio. Es posible que después se decidiera por ayudar a Zhakarov, pensando que ayudando a éste se ayudaba a sí mismo.

-¿Quiere inducirme a la idea de que son todos buenos muchachos y debo confiar en usted? -rugió Dennis empujando al ruso contra el mamparo.

-Está en su derecho al desconfiar de todos nosotros. Pero considere nuestra situación. Aunque sólo Zhakarov y Uhtynow dispararon contra Sunburt y el capitán Landman, todos nos convertimos en cómplices desde el momento que no nos opusimos a ese acto de barbarie. Estamos asustados. No podemos regresar a la Unión Soviética, y tememos que si nos llevan a los Estados Unidos seremos juzgados y condenados. Por el contrario, Zhakarov nos ofrece la libertad en cualquier lugar del mundo.

-¿Estaba usted de acuerdo con Zhakarov para engañarme? ¿Sí o no?

-¡No, se lo juro!

Dennis le quitó la pistola automática del cinturón, le apuntó con ella a la cabeza y dijo:

-Le advierto que no tendré el menor reparo en saltarle la tapa de los sesos a la más pequeña traición.

-Es justo que desconfíe de mí, Jefferson. No se lo recrimino.

Ford había asegurado la puerta de la escotilla y abría la válvula para insuflar oxígeno a presión en la esclusa.

Cuando la presión en la esclusa se igualó con la presión del aire en el interior de la cosmonave, Dennis cerró la válvula e indicó a Ford con una seña que abriese la escotilla superior.

Ford trepó por la escalerilla, hizo girar el manubrio y empujó la trampa de acero sobre su cabeza.

Por el tubo treparon hasta el «living» y de éste pasaron por el segundo tubo hasta la cámara de derrota. Sólo hacía unas horas que Dennis abandonó aquella cabina, mas al encontrarse de nuevo aquí se sintió como quien regresa a su hogar después de larga ausencia.

La radio funcionó mientras los tres hombres se despojaban de sus escafandras y sus depósitos de oxígeno.

-Hola, Jefferson -era la voz de Zhakarov-. Está usted a bordo de la cosmonave, por lo que entiendo.

-Sí -repuso Dennis secamente acercándose al micrófono.

-¿Qué se propone hacer?

-¿Quiere saberlo?

-Le advierto que si escapa con la nave, sus compañeros van a pasarlo muy mal.

-Lo sé.

-¿Es que no le importa?

-Sí.

-Usted no querrá cargar sobre su conciencia la responsabilidad por lo que pueda pasarles a sus amigos.

-Tengo un deber que cumplir, Zhakarov. Ellos lo saben. Espero que si llega el momento en que han de caer bajo las balas asesinas de usted, ellos sabrán comprender y disculparme.

-¡Maldita sea, Jefferson! No hay deber superior al de salvar la vida de sus compañeros. ¡Y le aseguro que estoy llegando al límite de mi paciencia y voy a acabar con todos!

-Usted no hará eso, Zhakarov. Porque le consta que mientras vivan mis amigos le quedará una esperanza de ver logrados sus deseos. Le diré lo que voy a hacer. Voy a traer a Marte las cosmonaves que todavía tenemos en el espacio.

-No haga eso, Jefferson. Le aseguro que si trae más gente aquí abajo fusilaré a todos sus compañeros. ¡A todos! ¿Lo oye bien?

-No hay nadie a bordo de esas cosmonaves. A pesar de lo que usted haya creído hasta ahora, las cosmonaves están completamente vacías. El profesor Swanson le explicará el experimento que vamos a realizar. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo con usted. Si espera hasta que nuestras máquinas hayan aterrizado, le prometo entregarle después la «Galax» para que puedan escapar con ella.

-¡Usted está mintiendo! Quiere engañarme, pero le costará caro lo que va a hacer. Si un solo hombre desciende de esas cosmonaves, mataremos primero a sus amigos, luego nos retiraremos hacia los subterráneos y no podrán cogernos jamás.

Dennis alargó la mano y desconectó la radio cortando bruscamente la palabra a Zhakarov.

Ford estaba contemplándole con ojos asustados.

-No podemos abandonar a nuestros amigos, coronel -gimió el hombre-. Ese bruto es muy capaz de hacer lo que dice.

-Correremos el riesgo -repuso Dennis secamente-. Ahora busque una cuerda y átele las manos a Borachieff. Siento tener que corresponder así a la ayuda que me ha prestado, pero voy a estar muy ocupado y no puedo distraer mi atención vigilándole.

El ruso no protestó. Solamente preguntó a Dennis si podía quitarse su

grueso traje de presión.

-Sí, quíteselo. Admito que hace calor aquí.

Dennis se había despojado también de su traje y fue a tomar asiento ante el cuadro de instrumentos. A través de la pantalla de televisión echó una mirada afuera y vio que estaba saliendo el sol. Ford amarró por detrás las muñecas de Borachieff con un trozo de hilo de cobre que había encontrado en el pañol de herramientas.

-Baje una colchoneta para que el señor Borachieff pueda acostarse, Ford -ordenó Dennis-. Así estará más cómodo.

A continuación, Dennis se desentendió de todo lo que pasara abordo. La tarea de hacer aterrizar a las tres cosmonaves no era sencilla y normalmente habría requerido la atención de tres hombres, entre ellos Bill Landman.

Dennis tendría que hacerlo todo por sí solo.

Las tres cosmonaves giraban en una órbita de satélite muy cerca unas de otras. Se trataba de localizarlas y calcular el lugar exacto donde habían de encontrarse para que, abandonando la órbita, fuesen a aterrizar tan cerca de las ruinas de Tohr como fuese posible.

Puesto que las tres marchaban juntas, Dennis decidió arriesgarse y hacerlas aterrizar al mismo tiempo.

Primero calentó el «radar» y el calculador milimétrico. Las cosmonaves daban una vuelta completa a Marte cada 22 minutos. Dennis trazó su rumbo, puso a funcionar la calculadora y estableció el ángulo respecto al horizonte en que debían encontrarse las cosmonaves para que viniesen a posarse en tierra.

En los cortos minutos que le quedaban, mientras las naves daban otra vuelta y se situaban en la posición deseada, Dennis preparó los aparatos electrónicos.

Poco después, el «tren» volvía a entrar en el haz del «radar».

Dennis se inclinó sobre su intrincado cuadro de instrumentos y empezó a apretar botones según un orden cuidadosamente prescrito, sin apartar sus ojos de la esfera del reloj y la saeta del minutero que era muy grande.

Allá arriba, las tres grandes cosmonaves empezaron a arrojar llamas por sus motores al mismo tiempo. Al salir de su órbita de satélite, lentamente fueron arrastradas por la fuerza de gravedad del planeta para descender al suelo.

En gran parte, el sistema de aterrizaje de las cosmonaves era automático. De otra forma, nadie habría sido capaz de hacerlas descender por control remoto, ya que ellas al descender y moverse en su órbita tenían ligeros desplazamientos oscilatorios que el piloto automático debía corregir para no complicar la labor del piloto humano que estaba en tierra.

Hasta transcurridos unos minutos, Dennis no utilizó la cámara

telescópica de televisión para ver las máquinas. Cuando pudo verlas aparecer entre las tenues nubes amarillas del cielo marciano había realizado la parte más difícil de su trabajo. De aquí en adelante era más sencillo hacerlas desplazarse en un sentido u otro hasta obligarlas a aterrizar cerca de la «Galax».

La única complicación surgía del hecho de tener que manejar los mandos para tres máquinas distintas al mismo tiempo. Era como para volverse loco. Algo así como atender a tres mellizas recién nacidas que lloran, piden leche y exigen un urgente cambio de pañales a la vez.

Las cosmonaves eran un poco más pequeñas que la «Galax», de dos esferas cada una. Todas llevaban un gran número de color rojo pintado para poder ser identificadas a distancia.

Como ninguna de aquellas cosmonaves volvería a despegar jamás de Marte, Dennis fue a lo seguro, llevándolas despacio al suelo sin importarle agotar todo su combustible.

Estaban descendiendo seis millas más lejos de las ruinas de la ciudad. Dennis las sostuvo un rato a 50 metros de altura mientras esperaba que el viento las empujase más cerca. Los tres colosos pasaron lentamente sobre las ruinas de Tohr y vinieron sobre el campamento ruso, un poco a la izquierda.

Para entonces, las señales electrónicas de los aparatos de a bordo indicaban que el combustible de las cosmonaves se estaba agotando.

Dennis decidió no esperar más y las llevó a tierra.

Las tres máquinas se posaron verticalmente sobre sus patas, en mitad de una gigantesca nube de polvo amarillo. Ninguna estaba más de media milla más lejos de las otras dos. En realidad fue un alarde de destreza por parte de Dennis conseguir aquello.

Apenas la más rezagada de las cosmonaves había tocado el suelo, cuando Dennis desconectó todos los aparatos preparándose para emitir una señal de radio a la Tierra.

Para lanzar esta señal Dennis utilizó la antena parabólica del «radar», que previamente orientó en dirección al lejano planeta. La señal de Morse tendría que recorrer 60 millones de kilómetros e invertiría 4 minutos antes de llegar a la antena del radiotelescopio instalado en California, donde se le daría la correcta interpretación.

En resumen, la señal significaba: «El experimento comenzará dentro de 60 minutos». Y añadía: «Estén preparados».

Dejando la radio en marcha por si había contestación, Dennis se volvió en su asiento y miró a Borachieff.

El ruso, aunque acostado, seguía despierto.

-Es posible que lo que voy a hacer ahora le perjudique a usted, Borachieff. Voy a entregar la cosmonave a Zhakarov. ¿Le perdonará él su

traición?

El joven movió lentamente su rubia cabeza.

-No. Zhakarov es de esa clase de personas que no perdonan. Además, él piensa que por cada hombre que lleve de menos podrá cargar cien kilogramos más de oro en la cosmonave.

Dennis estuvo a punto de preguntar: «¿Le matará?». Pero no hizo la pregunta, ya que en caso afirmativo tendría que enfrentar su conciencia con su deber.

Conectó la radio en la onda que operaban los aparatos portátiles de sus compañeros.

-¡Hola, Zhakarov!

La respuesta no se hizo esperar.

-Ya se salió usted con la suya. ¿Qué piensa hacer ahora? -interrogó la voz impaciente de Zhakarov.

-Voy a entregarle la cosmonave. A condición, naturalmente, que todos mis compañeros estén vivos todavía.

-Lo están.

-Tráigales hasta donde yo pueda verles por la televisión.

-De acuerdo. Enfoque en dirección a la torre de nuestro antiguo campamento. Allí nos verá.

Dennis así lo hizo. En efecto, vio un grupo de gente al pie de la torre metálica. El profesor Swanson, Cornish Bergdarf, Bat Hodel, Davy Hunter y Sam Clinton estaban allí con Zhakarov y otros tres astronautas rusos.

-Vamos a bajar -dijo Dennis.

Llamó a Ford.

-Vayan poniéndose sus trajes y las escafandras -dijo, implicando a Borachieff en esta orden.

Entonces llegó la señal de morse de la Tierra con el «Entendido. Estamos preparados». La radio portátil de Zhakarov no podía captar esta señal emitida en frecuencia distinta.

Minutos después, los tres hombres estaban completamente equipados, dispuestos para bajar a tierra. Antes de salir, Dennis paseó su mirada por la cabina. Estaba seguro que jamás volvería a ver la «Galax».

Por la escotilla descendieron al «living» y de éste, por el tubo de comunicación, llegaron hasta la esclusa de aire.

Iban desarmados y guardaron silencio mientras el aire escapaba al exterior por la válvula. Al abrir la puerta irrumpió en la cámara un brillante rayo de sol.

Dennis salió el primero, seguido de Borachieff y Ford. El viento volvía a soplar con fuerza y les zarandeó mientras descendían por la escalerilla hasta el suelo. Abajo encontraron el cadáver de Basiley tendido de espalda, con los ojos saltones y vidriosos abiertos al sol.

Zhakarov vino andando rápidamente seguido de uno de sus hombres mientras otros dos quedaban con los rehenes. Se detuvo al llegar ante Jefferson y le encañonó con su «metralleta». De pronto se volvió hacia Borachieff.

-¡Perro traidor! -rugió. Y disparó.

Dennis, horrorizado, tuvo que ser testigo de aquel cobarde crimen. Borachieff, con todo un cargador en el estómago y el pecho, se derrumbó sin proferir una palabra ni una queja.

-¡Esto le enseñará a ser más leal con sus amigos! -rugió Zhakarov pegando un puntapié al cadáver de su víctima.

-La lección llega demasiado tarde para Borachieff, porque está muerto-dijo Dennis furioso-. Pero usted está vivo, Zhakarov. Pagará muy caro todos sus crímenes.

-¡Cierre la boca de una vez! -chilló Zhakarov-. Ya estoy harto de oírle. Me ha hecho tener el alma en vilo todas estas horas, esperando verle escapar en su cosmonave. No crea que se lo perdono.

Zhakarov volvió la «metralleta» contra Dennis y disparó.

Sólo quedaba un cartucho por disparar en el vacío cargador del arma. Pero fue suficiente. Dennis sintió el plomo caliente rasgándole el pulmón y se vio tendido de espaldas con el sol sobre los ojos. Como de lejos, escuchó la furiosa voz de Zhakarov diciendo en sus auriculares:

-Para que otra vez vuelvas a burlarte de mí...

Perdió el sentido, pero todavía alcanzó a formular un pensamiento: «Qué estúpido, venir a Marte para morir de esta forma».

CAPÍTULO VIII

Lo primero que sintió al volver en sí fue aquel maldito dolor de riñones. Luego escuchó una voz suave y acariciadora que le hablaba:

-¡Dennis! ¿Me escucha usted?

Abrió los ojos. Sobre él, a través del doble cristal de las dos escafandras, vio el bello rostro de Cornish Bergdarf. Había algo que él jamás había visto en los ojos de la muchacha. Eran lágrimas.

A Dennis le emocionó que alguien llorara por él. Pues sabía que era por él por quien ella lloraba. Se sentía muy mal. Recordó el disparo de Zhakarov. ¿Así que se estaba muriendo? ¿Era por eso que lloraba la señorita Bergdarf?

-Hola, Dennis. Sí, ahora estoy segura que puede escucharme -musitó la muchacha.

-Hola... señorita... -Dennis descubrió entonces que encontraba dificultad para articular las palabras.

-Llámeme Cornish. Es más corto y se fatigará menos. Tiene que reservarse todas sus fuerzas, Dennis. Le han herido en un pulmón. No es una herida para morir en circunstancias normales... pero aquí no tenemos médico. Tampoco tenemos coagulantes ni gasas para taponar su herida. Zhakarov se ha negado a darnos el botiquín de a bordo...

-Claro, él quiere que yo me muera -suspiró Dennis.

-Pero usted no morirá, Dennis. ¡Dios mío, no lo permitiremos!

A Dennis le parecía que lo que ella decía eran tonterías. Pero de pronto la muchacha dijo algo que le hizo prestar mayor atención.

-Vamos a intentarlo todo, hasta lo descabellado.

-¿Cómo dice?

-Los muchachos están trabajando para tener lista la máquina transferidora antes de media hora. Dennis, si es posible transferir personas a través del espacio desde un planeta a otro... usted será la primera persona que haga ese fantástico viaje.

-¡Caramba! ¿Quiere usted desintegrarme para que luego mis preciosos átomos se pierdan en el espacio, donde nadie los pueda volver a reunir jamás?

-Es un riesgo que habrá de correr, coronel.

-Quedamos en que primeramente enviaríamos una roca desde Marte. Si la roca llegaba a la máquina reintegradora de California, nos enviarían de allá un mono vivo. ¿Quiere que haga yo de mono probando el primero la eficacia de su invento?

-Es preciso, Dennis.

Se miraron a través del doble cristal. La muchacha, de pronto, arrugó la nariz. Su labio tembló como el de un niño pequeño. Y se echó a llorar. Sólo

que como no podía tocarse el rostro con las manos, tampoco pudo ocultar su llanto. Lo más que hizo fue tapar con las manos el cristal de su escafandra.

-Comprendo -dijo Dennis-. Estoy grave.

-Sí, coronel.

-¿Por qué me llama coronel? Había empezado por llamarme por mi nombre. ¿Es que acaso no somos amigos? -gruñó Dennis. Sentía necesidad de sentirse valiente. De hacer sentir su valor a la muchacha y así tranquilizarla, aunque él mismo se sentía preocupado ante la inminencia de un hecho que sólo le ocurría una vez al hombre en la vida. Morir.

Dennis continuó:

-¿Quiere saber una cosa? Después de estos dos meses que hemos pasado juntos, había formado el propósito de pedirle que fuera mi esposa si algún día regresábamos a la Tierra.

-¡Claro que regresaremos, Dennis! -exclamó la muchacha con vehemencia descubriendo su húmedo rostro-. Tenemos que regresar. Y usted me invitará a cenar en un club cerca del mar, y saldremos a pasear bajo los magnolios y usted se me declarará... ¡Oh, Dennis! ¡Usted se me declarará y yo le diré que sí!

-Es usted muy buena, Cornish. La verdad es que no hablaba en serio... Ni usted hablaba en serio. Todos se sienten buenos con las personas que van a morir.

La muchacha dejó escapar un sollozo más fuerte, de pronto se puso en pie y huyó.

Dennis, volvió la cabeza a un lado para verla alejarse.

Le habían tendido en el suelo, depositando las botellas de oxígeno a su lado sobre la arena para que pudiese sentirse más cómodo. Cerca vio la «Galax» envuelta en un torbellino de polvo. Dos hombres se encontraban al pie de la cosmonave y otro, desde arriba, tiraba de una cuerda izando un montón de tubos dorados que brillaban al sol.

¡Oro! Zhakarov estaba cargando apresuradamente todo el oro que podía en la cosmonave. Seguramente los rusos tenían algún depósito secreto de oro entre las ruinas de la ciudad, además de las riquezas que guardaban en el subterráneo. El oro era fácil de manejar aquí, donde la tonelada terrestre quedaba reducida a poco más de un tercio de su peso.

Por lo tanto, cada hombre podía llevar una tonelada de oro en cada viaje desde las ruinas de la ciudad al pie de la cosmonave. Dennis debía llevar desvanecido mucho tiempo, pues los rusos al parecer estaban dando fin a la operación de cargar su tesoro...

El haz de tubos dorados había desaparecido por la escotilla.

Los dos hombres que estaban abajo corrieron hacia la escalerilla y empezaron a trepar por ella a toda prisa... muy aprisa, como si temieran

perder su puesto a bordo de la máquina salvadora que iba a llevarles a la Tierra.

De pronto asomó una cabeza por la escotilla de arriba. Un hombre sacó toda su escafandra y los hombros y apuntó hacia abajo con una «metralleta»...

Dennis no llegó a oír los disparos, pero vio a los dos infelices despegarse de la escalerilla y precipitarse de cabeza al suelo.

La escotilla se cerró y un chorro de llamas y de gases brotó por los tubos de los motores. El humo y el polvo envolvieron a la gigantesca cosmonave por completo. Luego, lentamente, empezó a aparecer por arriba de la nube la antena parabólica del «radar»...

La «Galax» se elevaba con la lenta majestuosidad de los grandes cohetes espaciales, adquiriendo mayor velocidad a cada segundo. Incluso en la tenue atmósfera de Marte, el rugido de sus motores era ensordecedor.

Dennis Jefferson estuvo contemplando pensativamente la máquina hasta que ésta sólo fue un lejano punto en el cielo seguido de una larga y brillante llama. Se sonrió al recordar las proféticas palabras de Borachieff. Finalmente, Zhakarov había escapado solo con Uhtynow en la cosmonave repleta de oro. Todos los que le habían ayudado en su fuga habían muerto. Menos Uhtynow. Pero incluso éste tendría que ceder su parte de oro a Zhakarov... a menos que se anticipase a Zhakarov en dispararle un balazo en la barriga...

Dennis volvió el rostro al otro lado y entonces vio la cápsula número uno muy cerca de donde él se encontraba. Desde la cápsula número dos venían corriendo Ford y Hodel, arrastrando algo que parecía una manguera.

No era una manguera, sino un largo cable de conducción eléctrica de alta tensión conectado a la pila atómica de la cápsula número 2.

El profesor Swanson bajaba por la escalerilla desde la esfera inferior de la cosmonave numerada con el uno. Al llegar abajo se reunió con Cornish Bergdarf y Davy Hunter. Habló con ellos. Luego los tres se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba tendido Dennis.

Swanson se inclinó sobre Dennis y le habló:

-Estamos acelerando los preparativos para poner en marcha la pila atómica, conectar la corriente a la cápsula transferidora y enviarle a usted a California.

-La señorita Bergdarf me lo ha dicho -repuso Dennis-. Lancé la señal de radio a la Base y me contestaron con el «Preparados».

-Hay un grave riesgo de que sus átomos no lleguen jamás a la Tierra o que se reintegren allá abajo, para dar forma a su cadáver. Ignoramos lo que ocurre con un ser vivo que es desintegrado, proyectado al espacio y vuelto a reintegrar en una cápsula situada a sesenta millones de kilómetros. Aunque teóricamente el experimento es posible, cabe una exposición de

cuatro minutos a los rayos cósmicos durante ese largo viaje y acaben con la vida que debería reanudar sus latidos al reintegrarse de nuevo la persona, en la cámara receptora. A este respecto, debo hablarle con toda sinceridad. Su estado es grave. Con toda seguridad habrá muerto antes de media hora si no recibe la asistencia médica adecuada. Está perdiendo mucha sangre...

-¿Quiere decir que debo escoger entre morir en Marte o exponerme a que los rayos cósmicos me achicharren átomo por átomo antes de llegar a la Tierra, no es eso?

-Así es. A menos que quiera esperar hasta que nos envíen al mono y ver en qué estado llega...

-Supongamos que el mono llegara muerto. ¿No me enviarían entonces?

-Por supuesto que no.

-Y en cambio me moriría aquí.

Swanson, Hunter y la señorita Bergdarf guardaron silencio.

-No perdamos tiempo -dijo Dennis-. Pónganme dentro de la cápsula y despáchenme a California.

Swanson hizo una seña a Hunter. Éste se inclinó, cogió a Dennis por los hombros y le puso en pie. Cornish y el profesor Swanson colgaron de nuevo los tubos de oxígeno a la espalda de Jefferson.

-Voy a cargarle sobre mi hombro, coronel -dijo Hunter-. No hay otra forma de subirle hasta la cápsula.

-Gracias, Davy. Adelante -pronunció Dennis con un hilo de voz.

Hunter se inclinó, lo cargó sobre su hombro y abarcó sus piernas con un brazo. Rápidamente echó a andar hacia la cosmonave número uno, seguido de cerca por Cornish Bergdarf.

La violenta posición de la cabeza de Jefferson hizo bajar hasta la garganta de éste un coágulo de sangre desde sus pulmones. El cosmonauta tosía sofocadamente cuando llegaron al pie de la cosmonave. Allí, y a una indicación de Cornish, Hunter puso de pie al herido.

Jefferson expulsó una bocanada de sangre que tiñó de rojo el cristal de la escafandra.

-¡Arriba... arriba deprisa! -gimió Cornish temblando toda ella de pies a cabeza.

Hunter cargó de nuevo con Jefferson y trepó rápidamente por la angosta escalerilla sin desmayar ni vacilar un momento.

Por la portezuela de acero metió dentro de la esfera a Dennis y lo tendió sobre la mesa de cristal. Sobre esta mesa se veía una especie de voluminoso y pesado proyector. Todo el resto de la esfera estaba ocupado por los complicados aparatos electrónicos invención del profesor Swanson.

Hunter volvió a despojar a Jefferson de las botellas de oxígeno y las depositó en el piso junto a la mesa. Trató de ver el rostro del herido a través del sucio cristal, pero no pudo verlo.

-Esto se acaba -murmuró Hunter-. Habrá muerto incluso antes que pongamos la máquina en marcha.

Dennis escuchó esto. Y aunque en este momento no pudo contestar se afirmó dentro de sí en la voluntad de sobrevivir a todo y llegar a la Tierra... vivo.

Hunter salió rápidamente de la cápsula, quedando sola Cornish junto al herido. Le sacó uno de los guantes, le tomó la mano y le buscó el pulso.

En este momento Dennis sintió que podía respirar un poco más desahogadamente. Su mano apresó la mano enguantada de la muchacha, con lo cual el corazón de Cornish empezó a latir esperanzado.

-¡Dennis!

-Todavía estoy aquí -repuso Dennis con voz débil-. Ese idiota de Hunter no sabe lo que se dice. No voy a morirme tan pronto. Resistiré al menos lo suficiente para que me mate esta maldita máquina.

-Hay muchas probabilidades de que llegue vivo a la Tierra, Dennis -aseguró Cornish-. Dios querrá que todo salga bien, y así la máquina del profesor Swanson habrá prestado su primer servicio útil a la Humanidad.

-¿Sabe que nunca me cayó simpática esta máquina? Ustedes van a acabar con la emoción y el riesgo de los viajes espaciales si todo resulta bien. Dentro de poco, el turista que desee venir a cazar sapos o explorar las ruinas de Tohr, sólo tendrá que ponerse un traje de presión, entrar con su maleta y su escopeta en una cápsula y ¡pum! En un abrir y cerrar de ojos saldrá por la puerta de otra cápsula pisando tranquilamente el suelo de Marte.

-Sin embargo, suponiendo que eso ocurra, no será malo para nadie. ¿No es cierto?

-No, eso no.

Permanecieron un minuto silenciosos. Dennis retenía todavía la mano de la muchacha en la suya. Se la oprimió y dijo:

-Cornish, es usted una gran chica. Al principio no me gustaba que metieran una mujer en la expedición.

-Me consta. Nunca le caí simpática.

-¡No diga eso! Al contrario, es usted una chica muy simpática. Creo que no me importaría invitarla a cenar, dar un paseo bajo los magnolios y pedirle que se casara conmigo. ¡Oh, no! Lo haré de veras si todo acaba bien.

-Será un paseo maravilloso -aseguró Cornish. Y sorbió sus lágrimas, pues sinceramente creía que Jefferson no llegaría siquiera a emprender vivo aquel fantástico viaje de regreso a la Tierra en forma de un chorro de átomos.

De abajo llegó la potente voz de un megáfono:

-¡Señorita Bergdarf, ya estamos preparados!

Cornish fue a asomarse a la puerta, viendo abajo a Clinton que le hacía señas con la mano.

Cornish se dirigió hacia el cuadro de interruptores. Movió una palanca y conectó otros varios interruptores. Los aparatos empezaron a rechinar y a zumbar. Varios rayos eléctricos saltaron de las puntas de los electrodos chisporroteando.

La muchacha volvió junto a la mesa.

-No debe moverse ahora, Dennis. Será cuestión de unos segundos.

-Como si fueran a sacarme un retrato, vamos -repuso Jefferson en voz muy débil.

Ella le tomó la mano y se la oprimió con fuerza.

-Buen viaje, Dennis. Trate de llegar vivo a casa... ¡y le prometo casarme con usted!

Dennis tosió. Luego se repuso y dijo:

-Soy un caballero. Jamás he quedado mal cuando doy mi palabra a una dama. Prometido.

Cornish le estrechó la mano por última vez. Aunque era un detalle carente de importancia, cogió el guante y se lo colocó.

Luego salió de la cápsula conteniendo a duras penas su llanto.

Cerró la puerta y la aseguró por fuera.

Dennis quedó solo en aquella extraña cabina llena de chisporroteos y crujidos. Esperó...

De pronto un chispazo enceguecedor. La luz escapó de sus ojos y no supo lo que le ocurrió. No sintió nada.

Cuando volvió en sí le sacaban de la cabina.

Pensó que el experimento había fracasado, pero luego descubrió con asombro que no conocía los lugares que estaba viendo.

Al sacarle de la cápsula cayó sobre él la blanca luz de varios potentes tubos de neón. Le habían depositado sobre una camilla de ruedas, y ésta rodaba rápidamente empujada por alguien. Luego la camilla se detuvo.

-Quítenle la escafandra. Tiene el cristal muy sucio -dijo una voz.

Le despojaron de la escafandra. Dennis se vio de pronto ante el delgado rostro del profesor Bergdarf, padre de Cornish y coinventor con el profesor Swanson de la máquina transferidora de moléculas.

-¡Coronel Jefferson! -exclamó Bergdarf sorprendido-. ¿Cómo ha sido tan audaz de prestarse al experimento? ¿Se da cuenta que pudimos haber fallado?

-Voy tocado del ala, profesor -dijo Dennis señalándose el pecho. Pero lo más extraordinario de todo era que se sentía perfectamente bien.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el profesor.

-Me dieron un balazo aquí en un pulmón. Iba a morirme allá arriba sin un doctor que me asistiera, de modo que decidieron ponerme a mí en lugar

de la piedra... y aquí estoy.

Bergdarf hizo una seña a dos hombres que vestían batas blancas y se encontraban junto a la camilla.

-Quítenle la ropa al coronel Jefferson. ¿Dónde está el doctor Heriald?

Un joven médico acudió rápidamente junto a Jefferson. El traje de éste estaba interiormente empapado de sangre. Le descubrieron el pecho mientras enfermeras y practicantes corrían de un lado a otro. Heriald se inclinó sobre el desnudo torso de Dennis.

-¿Qué broma es esta, coronel Jefferson? No está usted herido ni hay señal de que haya recibido herida alguna en su vida.

-Imposible, busque usted bien y encontrará el agujero.

Heriald se ufanaba de ser un hombre competente en su profesión y no acogió bien la broma.

-Conozco mi oficio mejor que usted el suyo, coronel. Levántese, le digo. No está herido.

Dennis se incorporó quedando sentado sobre la camilla. Ciertamente, sentía un zumbido en los oídos y la cabeza le daba vueltas, pero por lo demás se encontraba bien.

Se miró el pecho. Tenía allí una mancha de sangre, en efecto, pero ninguna herida. Heriald le limpió la mancha con un algodón empapado en alcohol.

-Véalo usted mismo. ¿Se da cuenta?

Dennis miró parpadeante al profesor Bergdarf.

-Les aseguro que me hirieron. No era broma, Zhakarov me disparó a boca jarro con su metralleta. ¿De dónde salió entonces toda esta sangre?

Dennis mostraba el forro de su traje de cosmonauta, húmedo y empapado de sangre.

-Tiene usted sangre en los labios y la barbilla -dijo el doctor Heriald-. Probablemente sufre una úlcera de estómago. Vomitó sangre de su estómago, eso es todo.

-Tengo un estómago de hierro. Nunca...

-Espere, Jefferson. Déjeme ver el forro de la espalda -dijo el profesor Bergdarf.

Dennis gruñó como un perro cuando intentan quitarle la comida.

-¡Aquí está! -dijo Bergdarf triunfante-. La bala quedó atrapada en el acolchado de la espalda al tropezar con el depósito de oxígeno. No cabe duda que el coronel Jefferson recibió un balazo que le atravesó el pecho de parte a parte.

-Ustedes se han puesto de acuerdo para burlarse de mí -dijo el joven doctor arrugando el ceño-. Si una bala le hubiera atravesado de parte a parte...

-Hubiera dejado señal. Eso es lo que usted cree. Pero luego ha ocurrido

otra cosa. Jefferson ha sido desatomizado molécula por molécula, enviado a través de sesenta millones de kilómetros y reincorporado dentro de la cámara reintegradora. Y entonces ocurrió un fenómeno. La máquina, al reintegrarle, no tuvo en cuenta que la carne del coronel estaba desgarrada por el balazo. Las moléculas se unieron cerrando la herida y estoy seguro que Jefferson se encuentra ahora tan curado por dentro como por fuera.

-Eso es imposible -afirmó el doctor.

-Si ha ocurrido es posible -rebatió Bergdarf.

Los dos hombres se alejaron discutiendo acaloradamente entre sí.

Dennis Jefferson quedó solo, sentado en la camilla y parpadeando asombrado. Una linda enfermera le sonrió.

-Pero vamos a ver. ¿Estoy herido, o no lo estoy?

-Está usted curado, coronel -dijo la enfermera.

Vino un camillero y le dio un golpecito amistoso en la espalda.

-Baje de la camilla, general. Usted no la necesita.

Casi le tiraron al suelo.

CAPÍTULO IX

Dos meses después, el recién ascendido coronel Jefferson paseaba con su joven esposa por los jardines del Hotel Pacific Ocean de Santa Catalina Island bajo los floridos magnolios.

Era una noche cálida y la luna rielaba sobre el argentado mar. Las olas iban a besar murmurando la rubia arena de la playa, y la joven señora Jefferson se había descalzado, sosteniendo los zapatitos de baile en la mano. Sobre la joven y enamorada pareja caía el enervante efluvio de los magnolios.

Estaban solos, aunque no del todo. El coronel Dennis Jefferson tenía en la mano un pequeño receptor de transistores y escuchaba con el ceño fruncido.

Cornish le llamó con voz impaciente:

-Dennis. ¿Por qué no dejas en paz ese dichoso aparatito y vienes a besarme? Nunca lo hiciste bajo los magnolios en flor.

-Espera. Ahora van a radiar el boletín de noticias... Escucha.

Dennis dio más volumen al receptor. La voz del locutor de Los Ángeles se meció sobre las olas:

-«Y he aquí nuestro boletín informativo extraordinario sobre la marcha de la operación de captura de la cosmonave pirata del comandante Zhakarov. La Marina de Guerra de los Estados Unidos nos comunica: A las ocho y veintidós, hora del Pacífico, la cosmonave pirata espacial del comandante Zhakarov cayó al mar dieciocho millas al noroeste de la isla de Guam. El comandante Zhakarov y su compañero de aventuras, Uhtynow, no tuvieron suerte en la última etapa de su fabulosa fuga. La cosmonave se tumbó al tocar el agua y los barcos de la Marina que acudieron en su socorro tuvieron que practicar un boquete con sopletes para sacar a los náufragos. Zhakarov se mostraba tranquilo al pisar la cubierta del portaaviones «Enterprise». Dijo solamente: «No tuvimos suerte», y sonrió cínicamente a los corresponsales de prensa que le asediaban con sus cámaras fotográficas. El «Enterprise» puso inmediatamente rumbo a los Estados Unidos, donde el comandante Zhakarov será juzgado según la Ley por los delitos de asesinato y piratería espacial.»

Dennis Jefferson cerró la radio con un suspiro.

-¡Vaya, finalmente les cogieron! -exclamó Cornish.

Dennis cogió el receptor de radio y lo arrojó tranquilamente al agua.

-Se terminó -dijo hinchando el pecho-. Ahora vamos a ocupamos de lo nuestro. ¿En qué estábamos?

-En que tenías que besarme bajo los magnolios en flor. Apuesto a que con la dichosa captura de Zhakarov hasta has olvidado que estamos en nuestra luna de miel.

-Es un olvido que trataré de enmendar enseguida -dijo Dennis.

Y acercándose a su mujer la enlazó por el talle y la estrechó contra sí, besándola apasionadamente en los labios.

La silueta de la pareja se recortaba contra el fondo del argentado mar. Sobre ellos caía el efluvio de los magnolios en flor y arriba en el cielo, las estrellas guiñaban maliciosamente. Marte se alejaba por los caminos siderales después de haber alcanzado su máxima proximidad a la Tierra.

FIN

El grandioso Imperio Galáctico creado por La Tierra para mantener la Paz en el Universo se tambalea.

La Tierra es el símbolo del Imperio, dónde se apoya la más grande fuerza armada conocida en la Historia.

Sin la Tierra, el Imperio desaparecería, desmembrado, quedando los planetas a merced de la rapacidad de la Zona Neutral.

¿Qué secreto han descubierto los seres camaleónicos de la Zona para destruir el mito de la invulnerabilidad de la Tierra

UN MUNDO LLAMADO BADOOM

tiene la clave de la maniobra subversiva de los enemigos del Imperio.

La Tierra ha mantenido durante decenas de años la verdadera importancia que para ella tiene

UN MUNDO LLAMADO BADOOM

insignificante, y lejano planeta en dónde se desarrollan las más sugestivas y trepidantes aventuras.

ALEX TOWER

le enfrentará a los despiadados istriens, camaleónicos seres de la Zona Neutral en el próximo número de la gran

Colección

Luchadores del Espacio

Precio: 7 pesetas.